

LOS POEMAS CABALLERESCOS

Y
LOS LIBROS DE CABALLERÍAS.

VIII.

El poema heroico expresa la creacion historica popular propia de cada nacionalidad; los poemas de aventuras y caballerescos la libertad de la fantasia semi-erudita, moviéndose dentro de la tradicion y de la imaginacion de la raza y civilizacion á que pertenece el poeta. El poema heroico es una apotheosis estetica de la historia; el poema de aventuras es creacion libre de la fantasia; y de aquí que en el poema heroico lo sobrenatural, el protagonista y la sustancia y argumento principal nazcan del dogma, en tanto que en el poema de aventuras la fantasia, sin lazo ni vinculo con la realidad historica, crea libre y espontáneamente, inspirándose en el fondo misterioso y último de la tradicion espiritual y cosmogónica á que acuden las muchedumbres, para conocer su posicion en el mundo y para explicar los hechos que le rodean, ó aprovechando elementos míticos traídos por la erudicion. Del dogma nace lo sobrenatural: de la tradicion mitica y misteriosa de la muchedumbre y de la leyenda erudita lo maravilloso propio del poema caballeresco, transformacion del poema clásico de fabulosas aventuras y empresas prodigiosas.

Recordando los rasgos principales del maravilloso caballeresco, de la maquinaria, como decia el Sr. Gayangos, ¿existian en las civilizaciones griega y latina leyendas y supersticiones populares, enaltecidas por la mitología ó por el arte, que puedan estimarse como precedentes, tipos y gérmenes del maravilloso de la edad media?

La pregunta aparecerá impertinente á la erudicion contemporánea, porque en lo que concierne á seres quiméricos, á metamorfosis inesperadas, á genios tutelares y malignos, á luchas y batallas entre los buenos y los malos, alianzas y relaciones del mal y fuerzas infernales con el hombre, la antigüedad agota la esfera de lo imaginativo. Y esta leyenda popular, religiosa y supersticiosa á la vez, no muere con el edicto de Constantino, ni siquiera con el de Justiniano, sino que salva la edad antigua y entra por gran espacio en la edad media, y

* Véanse los números 161, 162, 163 y 164, págs. 353, 385, 422 y 449.

cuando al parecer sucumbe bajo el peso de las persecuciones del poder cristiano representado por concilios, papas, obispos y emperadores, renace embellecida por efecto de la tradicion clásica y es á la par erudita y popular, manifestando estos caracteres en la larga y vária historia de la poesia caballeresca y de los poemas de aventuras.

Sin buscar más allá de la historia griega, las primitivas religiones de los pueblos helénicos nos presentan representaciones de todas las fuerzas de la naturaleza. Las creaciones de los Gigantes, los Titanes y los Ciclopes, monstruosas personificaciones de fuerzas rebeldes que amontonan montañas para escalar los cielos, recibieron culto en los países volcanizados, de igual manera que el de Poseidon y las divinidades de las aguas, tenidas por bienhechoras y saludables desde los tiempos Védicos, se extendió por las comarcas cruzadas por caudalosos rios. Las Ninfas y las Náyades, tenidas por Homero como hijas de Zeus, eran no solo las deidades protectoras de las fuentes y los rios, sino de los prados y los bosques. Las Ninfas griegas, como las Apsaras indias, eran de maravillosa hermosura y prodigios de gracia y juventud, y su nombre indica que no tenían forma precisa y determinada, quedando sus contornos como velados en una vaguedad de tintas que realizaba su belleza. No conservaron estas divinidades su primitivo carácter en el trascurso de las religiones posteriores. Bajo la influencia del cristianismo y la de la cultura alejandrina, quedaron las Ninfas como espíritus que animaban las aguas, sujetas á las leyes del dolor y de la muerte, pero conservando facultades superiores á las de los mortales, como lo revelan las fábulas que narra Pausanias (1).

Los bosques con sus Dryadas, los vientos con sus Arpias, como las montañas recibieron culto en las edades greco-romanas y sembraron lo maravilloso en torno del hombre con mil formas y de mil maneras.

No se limita y contrae el naturalismo de las primitivas religiones de la Grecia á derramar la vida por el mundo del sentido, deificando las fuerzas y los fenómenos naturales, sino que los eruditos descubren en su concepcion la manera de entender y sentir las relaciones del hombre con lo extramundano y con lo futuro.

(1) VIII, 8 y siguientes.

Las creencias en los augurios, en los presagios, en los sueños, datan de los orígenes de toda civilización; pero en la greco-romana sigue esta creencia una historia regular y ordenada, pasando de los groseros brujos de los primeros días, á las reglas de los augures y de los arúspices, y á las formas solemnes de los oráculos, de Dodona ó de Delfos, y á las instituciones sacerdotales que se crearon en torno de los oráculos. Los Curetes, los Corybantes con sus ritos orgiásticos, los Telchines y los Dactylos, Heliades y Cabires, si fueron en los primeros tiempos sacerdotes de divinidades misteriosas, la tradición los confundió con las mismas divinidades, trasformándolos despues en mágicos y encantadores.

En los días de Homero y Hesiodo, días de reforma y renovacion del culto y de las creencias de la Grecia, encontramos el presentimiento de la intuición que el poeta personifica en el enviado de Zeus, (*Διός ἀγγελος*) (1), adivinos que predecían por la observacion de los presagios (2), ó por un entusiasmo interior que la divinidad les inspiraba; los sueños, aunque Penélope distinguía entre los sueños mentirosos y los verdaderos, que debían estimarse como anuncios de la voluntad divina; los encantamientos (*επωδή*) y ciertas yerbas maravillosas de que nos habla la Odisea, sin olvidar la famosa planta *moly*, que servía á Ulises para sustraerse á las artes mágicas de Circe; la famosa escena de Necyomancia en que Ulises evoca las sombras de los muertos; los (*δαίμονες*) demonios de Hesiodo, que como espíritus bienhechores vagan por los aires, derramando dones, y otros muchos rasgos de los poemas Homéricos que atestiguan cómo vivía y aumentaba la tradición maravillosa.

En los días siguientes, hasta los tiempos de Alejandro, el culto mitológico floreció en todos sentidos. No sólo quedó poblada la naturaleza de genios y espíritus divinos, sino que la tradición heroica; en una incesante apoteosis, ofrecía como objeto de culto á todos los héroes, aún á muchos cuya fama no había traspasado las lindes de la humilde aldea que presencié sus hechos. Porfirio, aludiendo á estas divinidades legendarias, añade que era general la creencia de que se vengaban cruelmente si no recibían culto, pero se mostraban propicias en caso distinto. La tradición creaba divinidades espirituales, como la fantasía las descubría en los vientos y en las aguas, y su acción pesaba sobre la vida, causando venturas ó desdichas. Sterichoro, por haber hablado con menosprecio de Helena, perdió la vista y no la recobró hasta que en otros versos desagravió á la heroína. Píndaro cree que un demonio ó

genio protector asiste á cada uno de los nacidos. Poco despues la historia de la demonología griega nos enseña que el demonio era un espíritu maléfico, ó que se dividían en protectores y perseguidores, como los impulsos y los deseos de la voluntad humana. Divinidades secundarias, como las Erinnyas, Penæ, Alastores, Moeras, Nemesis, se confunden con los malos demonios y con las divinidades infernales, y su acción sobre la vida es temerosa y terrible, siendo muy de notar la creación de las Moiras (*μοῖρας*) que representaban el cumplimiento del destino, encomendado á una personalidad secundaria, porque son, en mi sentir, la forma primera de la Hada cabaleresca.

Pero si estas creaciones de la fantasía religiosa renovaban de continuo el olimpo griego, hay que añadir las creencias populares sobre las prácticas adivinatorias, y sobre la magia, considerada como una faz de la adivinacion. En Grecia pulularon en esta edad los mágicos y los hechiceros. Los mágicos efectos del brevaie de Helena, la magia del cinturón de Afrodita, que engañaba á los mismos dioses, la varita encantada de Hermes, los conjuros al curar las heridas de Ulises, las metamorfosis de sus compañeros, el canto mágico de las Sirenas, las promesas de eterna juventud de Calipso, la historia de Proteo, la trasformacion de Eson por Medea, las poderosas artes de esta terrible encantadora, las tradiciones de Chiron, etc., y tantas otras como nos ofrecen las leyendas heroicas de Grecia, dan cumplido testimonio de que poco ó nada quedaba por imaginar en estos mundos de la fantasía.

Estas leyendas se propagaron en los siglos posteriores. Los mágicos en Grecia se distinguían en *επωδοι*, en *βασκανοι*, es decir, fascinadores, y *γοητες*, brujos, aulladores (de la raíz *γόη*), que con los Dactylos, Coribantes y Telchines representaban todas las variedades con que la fecunda imaginación del pueblo veía las prácticas y supersticiones de la magia. A la pálida y misteriosa luz de la luna evocaban los hechiceros legiones de espectros y de sombras, y Aristófanes, Teócrito y Luciano, como Ovidio, Séneca y Plinio, nos hablan aún de los Empusos, Strigos, Gelludos, Lesbos, Lamias, que son los progenitores de las hechiceras, trasgos, duendes y vampiros de los siglos posteriores. Despues aparecen los amuletos y los anillos mágicos, que tornaban á la naturaleza entera en humilde esclava y servidora del encanto ó del encantador, que trasformaba á sus enemigos en animales, como la antigua Circe, ó revestían las apariencias del animal que creían más adecuado á sus designios, segun nos cuentan Plinio y Pausanias con ocasion de la terrible lycantropia.

Desde los días de Alejandro, principalmente, estas leyendas maravillosas florecieron por la influencia

(1) *Iliad.*, II, 93.

(2) *Odis.*, III, 215.—*Iliad.*, VIII, 250.

de las religiones del Asia menor, dada la tendencia de la Grecia, y despues de Roma, á adoptar las divinidades y los ritos extranjeros. La magia oriental y los mitos de las religiones Siro-Fenicias penetraron y se propagaron por la Grecia, multiplicando sus prácticas y supersticiones, y el Orfismo permitía que se asociaran las creencias quiméricas de la magia y de la astrología á las creencias religiosas. La degeneracion de los sacerdotes órficos pobló las ciudades y las aldeas de adivinos y mágicos, y Platon los describe como sacrificadores ambulantes, llegando la corrupcion de los orfeotelestes al extremo de vender encantos, amuletos y filtros portentosos.

Enérgica y profunda fué la influencia de la filosofía en el mundo greco-romano; pero no desarraigó las creencias que vivían en el pueblo. Los mismos filósofos epicúreos y estóicos consultaban á los dioses, tomaban parte en el culto y prestaban fe á la astrología caldea. Siglos despues, en su tratado de *Adivinacion* escribía Ciceron: «*Nam ut vere loquamur, superstitio; fusa per gentes, oppresit omnium fere animos atque hominum imbecillitatem occupavit.*» La ansiedad de lo maravilloso en la muchedumbre esterilizaba las semillas de la influencia filosófica, como despues resistió á la predicacion cristiana.

Pero estas creaciones adquirieron aún fastuosa vegetacion en la edad alejandrina. Ciencias, artes, filosofía y religiones, acudieron á lo sobrenatural y maravilloso para satisfacer el apetito de lo divino, que se despierta ardoroso y febril al declinar la edad antigua. En el judaismo como en el politeismo, á manera de invasion tumultuosa, penetran todas las esperanzas y ensueños de pasadas generaciones, decoradas y enaltecidas con los faustos y pompas de la teosofía oriental. Nada queda fuera del mágico influjo de la creencia en lo maravilloso, y la predicacion cristiana encendió más y más estos pasmos y arrobamientos del espíritu, y se buscó lo divino al través de lo inusitado y portentoso de la teurgia y del milagro. No hay edad semejante en la historia, y si estudiada teológicamente ofrece asunto para graves y profundas meditaciones, bajo el aspecto estético nos revela los gérmenes de todas las concepciones de lo maravilloso, de lo infernal y extra-humano, que corren por las artes plásticas y figurativas de la edad media. Excitada por un estímulo místico, sorprendente, rompió la edad alejandrina, en una inextinguible figuracion del mundo ideal, agotando la fantasía, en la combinacion de las mil formas que le ofrecía la tradicion greco-oriental, así en las alturas de la teología, como en las profundidades de la teurgia y en los misterios de la magia. Los mismos evangelistas, cediendo á la creencia comun, nos hablan de la ma-

gia y del poder de los mágicos. San Pablo ahuyenta á un espíritu de Pithon que inspiraba profecias á una desventurada (1). Simon, ayudado de la magia y de los encantamientos, sedujo á los pueblos (2). Bar-Jesu, mágico que perseguía al cónsul Sergio, fué vencido por San Pablo (3), y los ángeles revisten forma humana y obran como seres corporales, y los espíritus malos, expulsados del cuerpo humano, vagan entre las tumbas y en áridas soledades, segun San Mateo (4); y, por último, San Juan anuncia prodigios y maravillas del genio del mal para seducir á los hombres (5).

Si en los severos Evangelios se encuentran estas huellas de la influencia del maravilloso popular, aunque subordinado á la demonología cristiana, no hay para qué decir en qué grado aparecía en los poetas, en los novelistas y en los filósofos del período alejandrino. En Plotino, Porphirio, Amelio, Jamblico y sus discípulos, encontraremos no sólo doctrinas, sino anécdotas y leyendas que pueblan de milagros y portentos su vida. La teurgia, en último término, reviste al hombre de aptitudes y condiciones divinas, y sus facultades adquieren una fuerza indecible y una penetracion sobrenatural, que le permite imponer su voluntad á la naturaleza, cortando sus procedimientos y variando sus leyes. Sueños, adivinaciones, profecias, evocaciones de sombras, misterios estáticos, amuletos y talismanes, palabras de conjuro, imprecaciones y fervientes súplicas, metamorfosis, espíritus malos, y ángeles y enviados divinos, todo encuentra cabida y explicacion y enlace en los escritos de Jamblico y en las prácticas de sus discípulos y sectarios. No cabe dudar de la sinceridad de estas creencias, reconocida por los mismos escritores cristianos, y su espíritu y tendencia se revelan en toda su extension en los dias de Juliano, Máximo y Libanio. El demonio había fanatizado á Juliano, dicen los escritores cristianos, y las artes diabólicas servían grandemente á los planes del apóstata.

La crítica, al examinar el estado de la fantasía popular en este singularísimo período, advierte que en la lucha entre las dos religiones que llenaba cielos y tierras, no olvida ninguna de las fantásticas creaciones de la mitología greco-latina. El cristianismo las recibe como ciertas, y de consiguiente las perpetúa, por más que las estime como obra y fruto del espíritu satánico. No niega su verdad, no las rechaza de la vida y de la creencia como puras quimeras; las conserva como testimonio y representacion de las artes infernales. En este punto son

(1) Actor., XVI, 16.

(2) Actor., VIII, 9.

(3) Actor., XIII.

(4) Matheo., XII, 43.

(5) Apocalip., XIII.



explícitos los Santos Padres de la iglesia latina y de la griega. San Agustín cree en una revelación del demonio al hombre, admite los milagros de la magia, cree que hace aparecer fantasmas respondiendo á las evocaciones de los mágicos, atribuye facultades portentosas á las malas artes; y los que cultivan la demonología, citan innumerables textos de Tertuliano, San Agustín, San Atanasio y San Jerónimo, que comprueban que en efecto el cristianismo recogió todo el maravilloso greco-latino, si bien marcándolo con el estigma del horror y del espanto (1).

El hecho es de suma importancia en el estudio de la fantasía popular de la edad media, porque de un lado nos dice cuán arraigadas estaban las creencias á que aludo en aquella sociedad, y de otro explican el aspecto terrorífico que adquieren muchas creaciones rientes y graciosas en sus primitivas formas greco-latinas.

No es de extrañar, por lo tanto, que en la literatura profana, este espíritu, que tan profunda huella imprime en la religión y en la ciencia, dominase por completo. Basta hojear á los novelistas griegos para encontrar las narraciones relativas á los Lamias, Gorgonas y Ephialtes, y referentes á Mormolyce y Manducus, gigantes temerosos que, á manera de los ogros y vampiros posteriores, sirven de centinelas, guardianes y campeones. Las compilaciones, que han llegado hasta nosotros, de Apolonio y de Phlegon de Tralles, con el título de *Historias maravillosas*, contienen innumerables narraciones sobre estos seres extra-naturales; y Phocio nos cuenta que en el siglo VI, Damascio llenó de portentos y genios semejantes cuantos libros escribía, sirviendo sus maleficios ó sus presentes para auxiliar ó contrariar las empresas del protagonista de sus fábulas.

Las leyendas religiosas no iban por otro camino, y las que nos recuerdan los Evangelios apócrifos y las místicas, como la de San Cipriano y Santa Justina, y las que sirven de aderezo á las herejías de maniqueos, arrianos, y las que después se recogen en la Leyenda áurea, permiten, digo mal, imponen la afirmación de que era el mismo el estado de la fantasía popular al ocurrir las invasiones del siglo V, que el que se demuestra en los libros de seis ú ocho siglos ántes, sin otra diferencia que el haber revestido lo maravilloso caracteres sombríos y temerosos bajo la influencia de la demonología cristiana, de haberse convertido toda la magia natural y artificiosa en horrible *goetia*, según el vocablo griego.

Hasta la irrupción de los pueblos bárbaros no ofrece el caso dificultad en el estudio histórico, porque las primitivas tradiciones de los pueblos some-

tidos á la dominación romana, ó quedaron sepultadas bajo el peso de aquella civilización desde los tiempos de César y de Augusto, ó se trasformaron al contacto de las tradiciones greco-latinas y cristianas, quedando sólo huellas y vestigios que afanosamente busca la arqueología. ¿Pero las razas que invadieron y dominaron las provincias occidentales del Imperio romano pudieron alterar las condiciones de la fantasía de la raza vencida?

No creo que se ponga en tela de juicio la negativa que sostengo. Ni godos ni francos pudieron ejercer otra cosa que una dominación militar y política. La cultura greco-romana los ganó muy luego, y procuraron seguir los usos, leyes y religiones de los pueblos vencidos, así en Francia como en España; y cuando Carlomagno ordenaba recoger las tradiciones de su pueblo, sólo la leyenda histórica reaparecía en la memoria de los suyos, quedando en el más profundo olvido la mitológica y maravillosa.

No va mi afirmación hasta el extremo de negar que existiera en los pueblos invasores una tradición maravillosa; pero era tan vária, tan nacida de las condiciones del cielo y tierra que atravesaron durante sus emigraciones, que faltando el río, los lagos, los bosques que las inspiraban, se fundieron con muy raras excepciones en el molde greco-latino que informaba toda la vida histórica.

Así lo reconoce Mr. Beugnot, recordando en su apoyo que ya en 496 Clovis recibió el bautismo, y añade que en ninguna otra región de Europa era más viva y enérgica la resistencia á abandonar las prácticas y supersticiones idolátricas; lo que merece estudio, porque en Francia se originan y crecen los poemas caballerescos. Desde los días de la dominación romana, siguiendo su habitual política, habían trasformado á Odin en Mercurio, á Thor en Júpiter, á Frigga en Vénus, y á la llegada de los pueblos francos, el antiguo culto indígena estaba olvidado; y Gregorio de Tours, expresando la creencia popular, considera á los bárbaros como adoradores de Júpiter y Marte, y pone en boca de Clotilde, cuando catequiza á Clovis, un discurso en que enumera é impugna los atributos de las falsas deidades Saturno, Júpiter, Marte y Vénus.

Aun corriendo los tiempos, el mismo Gregorio de Tours, refiriendo un milagro de la vida de San Niceto, en 566, recuerda que los paganos invocaban á Júpiter, Mercurio, Vénus y Minerva, y que se salvaron del naufragio que refiere, cuando á instancias de un cristiano invocaron á Jesús. En el mismo siglo se conservaba el culto de Diana, que define un escritor cristiano *Demonium quod rustici Dianum vocant* (1). En el segundo Concilio de Tours se con-

(1) V. Bizouard. *Des rapports de l'homme avec le démon*. Tomo I, lib. IV. Paris, 1863.

(1) Ducang. Gloss. V. *Dianum*.

denaba el culto de Jano, y era el año 566. Mabillon, en la vida de Félix, obispo de Nantes, refiere que la villa de Herbadilla conservaba con fervor el culto pagano, y en vano quiso con sus predicaciones apartarlos del amor á Hércules y Mercurio. Con la autoridad de Mabillon, repetimos que en 565 en Bretaña había *adorantes idolum ritu Baechantum*. Gregorio de Tours recuerda que en sus días se adoraba á Diana en Treves. En el mismo siglo los Concilios condenan en Francia á los maniqueos, que eran muchos, y á los adoradores del dios Término; datos todos que autorizan para escribir con Beugnot que en el siglo VI el politeísmo existía casi por completo en las Galias, y se explica que la Iglesia ordenara rogativas y oraciones *ad calcandam gentilium consuetudinem* (1).

De paso siquiera, recordemos la conservación de las Saturnales, de las Calendas de Enero de que nos habla San Isidoro de Sevilla, de las *Feralia* y *Terminalia*, las Bacanales, las prácticas adivinatorias que dieron margen á las leyes de Childeberto *De abolendis idolatriæ reliquiis*, á las prohibiciones del Concilio de Tours, del Sínodo de Auxerre y del Concilio de Narbona, prohibiendo celebrar el jueves como día de Júpiter.

No sucede cosa distinta en el siglo VII. Rouen conservaba un templo á Vénus y otros á Júpiter, Mercurio y Apolo, que consiguió destruir su obispo San Roman. San Eloy, en 659, se dirige á los habitantes del Norte de Francia, donde se continuaba el culto á Neptuno, Diana, Hércules y Minerva. En el Concilio de Reims de 625 se prohíben de nuevo las fiestas y los sacrificios paganos, y aún en el siglo siguiente los príncipes Carlovingios añaden su autoridad á la de los Concilios, los Sínodos y obispos para concluir con el culto y con las prácticas de los paganos; y por último, Carlomagno despliega una crueldad inexplicable, si no fueran aún muchas las raíces de las creencias gentílicas, lo mismo en los cultos greco-romanos que en los germánicos. La famosa capitular *De partibus Saxonie* costó á los sajones, adoradores de Júpiter-Odin torrentes de sangre y motivó la cruel y horrible matanza de 782. Ordena á los obispos que se consagren como misioneros á la extinción de lo que él llama *spurcitia gentilium*. En la capitular de 789 ordena la persecución de los mágicos y de los encantadores, y prohíbe á los paganos intentar acusaciones contra los cristianos; y por último, aún en una capitular de Luis I, de 867, se prohíben y castigan ceremonias nocturnas en honor de Diana, que practicaban especialmente las mujeres.

Demuestran estos datos que no sólo las supersti-

ciones populares, sino hasta la práctica de los cultos y de las fiestas y solemnidades del paganismo, eran frecuentes en Francia en los días mismos de los Carlovingios, y explica esta insistencia de la tradición religiosa antigua el que la fantasía popular recordara las leyendas y las narraciones maravillosas que iban enlazadas con ese culto y con esas divinidades.

Los partidarios de la originalidad artística de la edad media hacen hincapié en la hermosa creación de las *hadas*, mágicas y encantadoras que, como la amiga de Merlin Viviana, Melusina, Urganda, etc..., constituyen, sobre todo en los libros de Caballerías, la deidad tutelar de los caballeros ó el poderoso enemigo que de continuo burla sus afanes. Las *hadas*, decía ya Ducange en su famoso *Glosario*, eran «species dæmoneis: gallis faye vel fées; vox efficta forte á nympha. Itali fata etiam nunc dicunt, Occitani fadas. Fadas et hadas has vocant hispanicis fabularum seu romanorum scriptores.» Estas indicaciones del ilustre benedictino han sido comprobadas por la crítica contemporánea. El nombre se deriva del latín *fata*, con que designaban los romanos á las Parcas, divinidades que presidían al nacimiento, al destino y á la muerte de los humanos. Abundan las inscripciones latinas consagradas á estas divinidades, *fata*, que eran generalmente tres, que hilaban los destinos humanos, con los nombres de Nona, Décima y Parca. Su culto se confundió con el de las ninfas, cuyo nombre latino era *Fatuæ*. Eran vírgenes hermosísimas, y ningún hombre debía pronunciar su nombre. Las Parcas, ó *fata* latinas, reproducían la tradición de las *μοῖραι* griegas, divinidades que asistían á Lucina y que decidían sobre el porvenir del recién nacido. Las *fatas* latinas, como las *moiras* griegas, se confundían con las *ninphas* y habitaban las orillas de los lagos, las profundidades de los bosques y las soledades de las montañas. Los romanos, como los griegos, les dieron los epítetos de *matres*, *matronæ*, y los mismos caracteres con que hoy se conserva esta tradición popular en la Grecia (1), reaparecen en el pueblo galo-romano. Como en Grecia, en Francia las *hadas* eran los genios de las fuentes y de los bosques, y sólo en la famosa de Brecheliante se dejaban ver. Cerca de la fuente de las hadas apareció Melusina á Raimondin, y cerca de una fuente se enamoró Graelen de la hada con la cual desapareció para siempre. El nombre mismo de Viviana significa genio de los bosques, y en el seno de un bosque tuvo eternamente encantado á Merlin. Las hadas francesas, como las parcas griegas, asisten al nacimiento de los niños y les otorgan dones que deben influir poderosamente en su vida. Las hadas se reúnen en

(1) A. Beugnot.—Hist. de la destruction du paganisme en Occident.—Paris, 1835.—Tomo II. Lib. XII.

(1) V. Fauriel.—Cantos populares de la Grecia.

torno de la cuna de Ogier le Danois, asisten al nacimiento de Isaías el Triste, y en los Pirineos, como en Bretaña, según las tradiciones populares, debe invitarse á las hadas al nacer el niño para impetrar su protección y auxilio. En una mano llevan el bien y en otra el mal, y si las ofrendas que reciben no son de su agrado, abren la una ó la otra mano. Las hadas de la edad media, como las parcas antiguas, se ocupan en hilar, y los poetas las representan constantemente con husos y ruecas en las manos. Su belleza es indecible, y los trovadores y los poetas agotan la hipérbole en su descripción.

No cabe duda, examinando estos rasgos, y según la opinión de Maury, Grimm y Leroux de Lincy, que la tradición es esencialmente greco-latina, por más que el contacto con las razas germanas hubiera revestido de los atributos y caracteres de las hadas greco-latinas á los Elfos y espíritus de los aires y de los bosques, que encontraban su genealogía en primitivas tradiciones escandinavas. En los tiempos posteriores del desenvolvimiento de la poesía caballeresca, las hadas revistieron, como indica Ducange, el carácter demoníaco unas veces, y se confundieron otras con las brujas y las magas que adoraban la magia negra; pero conservaron en las más de las ocasiones el carácter de genios tutelares, omnipotentes y solícitos que velaban por el cumplimiento de los destinos humanos, ó que, irritadas y ofendidas, perseguían á los mortales á la manera de las antiguas divinidades olímpicas (1).

No es, por lo tanto, creación original la de las hadas que aparecen en los poemas del ciclo carlovingio, y después con mayor aparato y mayor influencia en los poemas del ciclo breton, convirtiéndose en el verdadero *Deus ex machina* en los libros de Caballerías, sino que en su concepción esencial, lo mismo que en sus rasgos característicos, reproducen los juglares y poetas de la edad media el tipo tradicional de las parcas y ninfas griegas y de las *fata* latinas.

Pero ¡hecho singular! mientras de un lado, Carlomagno perseguía á filo de espada á los paganos galorromanos y á los germanos, de otro, fundaba las famosas escuelas palatinas é iniciaba enérgicamente el renacimiento, excitando á Alcuino y á sus discípulos á que estudiaran la antigüedad, imitaran á sus poetas, cultivaran con amor el griego y el latín, provocando aquella verdadera faz del renacimiento que dió importancia é influencia al bizantinismo en Francia, y con el bizantinismo á la tradición greco-asiática.

Se había mantenido y conservado la tradición

(1) Leroux de Lincy, *Introduction au livre des legendes*; Paris, 1836.—A. Maury, *Les fees du moyen age*; Paris, 1843.—V. Grimm y Schreiber, *Die feen in Europa*; Friburgo, 1842.

greco-latina hasta el siglo VIII en el seno de la muchedumbre, en villas y aldeas alejadas de las grandes capitales, si se quiere, y sobre todo en la población rural; y cuando la persecución civil-eclésiástica de Carlomagno extinguía las reliquias de la vida greco-latina, el renacimiento erudito, promovido é impulsado por el mismo Emperador, contagiaba con la tradición greco-asiática á los doctos, trayendo á la literatura latino-eclésiástica el maravilloso antiguo recordado por los cronistas y novelistas del Imperio bizantino. ¿Qué puede estimarse como creación original de la edad media en este mundo maravilloso, descrito por los poetas y novelistas caballerescos?

La enérgica representación de una individualidad que aislada de toda comunión con pueblos ó naciones, sola las más veces, acompañada otras de pocos servidores ó soldados, vaga á la ventura, en busca de casos y empeños que la permitan mostrar su esfuerzo, es una creación de los novelistas de la última edad del género caballeresco; pero no aparece así en los primitivos poemas, en los que si Tristan sale de la corte de su tío, es en busca del remedio que ha de curarle la herida recibida de manos de Morhault, y si vaga después de haber bebido el filtro amoroso, es huyendo del irritado esposo: lo mismo acontece en Ivan, ó el caballero del Leon, del mismo Chrestien de Troyes; y si en Erec y Enida sale en busca de aventuras Erec, es como castigo por la molición á que se había entregado en el palacio de su padre. Los caballeros del Santo-Graal llevan un propósito sagrado en sus peregrinaciones, y sus expediciones obedecen á un empeño religioso. Digenis es el que, como después Erec, sale en busca de aventuras como por solaz y esparcimiento.

Pero estas peregrinaciones, ya voluntarias, ya nacidas de infortunios y prolongadas por hades enemigos, tenían un modelo imperecedero en la Odisea, que canta el *ανδρα πολυτροπον, ος πλαγχθη μάλα πολλά*, es decir, al varón ingenioso, hábil y de grandes recursos que erró por largo tiempo. El rey de Itaca, el infortunado Ulises, es el tipo de estos peregrinos, perseguidos por fuerzas sobrenaturales y sin más apoyo que su prudencia y su valor. La Odisea es el tipo de los poemas de aventuras, y su influencia no sólo se advierte en el poema de Digenis y en los novelistas bizantinos, sino que influyó poderosamente en los libros de Caballerías.

Si la concepción del protagonista no se origina ni de los poemas de Chrestien de Troyes ni de los autores de los libros de Caballerías, y se encuentra el tipo acabado en la literatura griega y en las imitaciones de la Odisea, lo mismo sucede con lo maravilloso. Sin ir más lejos, en la misma Odisea, se encuentran aventuras portentosas, que no quedan

oscurecidas ni por las del rey Arthus, ni por las de Tristan, ni el mismo Erec ó Perceval.

En su consecuencia, las formas de lo maravilloso que se engendraron en los siglos inmediatos, reconocen estas dos fuentes: 1.ª, la tradicion de la fantasía popular, alimentándose con las creencias y supersticiones heredadas del politeísmo y de las herejías; y 2.ª, la influencia erudita, debida á los renacimientos greco-latinos que se inician en los dias de Carlomagno. De aquí que el maravilloso de los poemas sea igualmente aplaudido por los doctos y por la plebe. Los unos saboreaban al leerlos recuerdos de la tradicion poética de griegos y romanos; la otra veía, en forma esplendente y hermosa representacion, los misterios tenebrosos que la habian sobrecogido de terror y espanto en los bosques, en las llanuras, en las montañas, y en las noches de invierno, escuchando las consejas y leyendas en torno del hogar.

No hay necesidad de acudir á otras fuentes. La influencia greco-asiática nos da todo el ajuar mitológico del maravilloso de los poemas y de los libros de Caballerías. Cuando la tradicion se desvanece en el seno de la fantasía popular, la influencia bizantina y el renacimiento greco-latino la refrescan y remozan con nuevos y variados colores.

Son decisivas estas remembranzas de la antigüedad greco-asiática. La poesía caballescica se engendra por la influencia erudita, y se propaga por su consonancia con la tradicion legendaria popular de la Europa occidental. En la tradicion greco-asiática encontraron los autores de narraciones y poemas caballescicos dragones, leones, gigantes, enanos, mágicos, filtros, monstruos, hechiceros, talismanes, anillos mágicos, genios malignos ó protectores, espadas encantadas, armas milagrosas, conjuros y trasformaciones, y sobre todo, esa lucha de dos fuerzas rivales de que dispone ya uno ya otro encantador, para favorecer ó contrarestar los empeños humanos.

El carácter y la sucesion histórica de las formas de la poesía caballescica, corroboran, en mi sentir, la tesis que sostengo.

¿Cuáles son los orígenes literarios de la poesía caballescica? ¿Son eruditos, ó populares, ó participan de ambos caracteres? ¿Qué relacion histórica y qué relacion estética existen entre los poemas caballescicos del ciclo breton y los poemas del ciclo greco-asiático? ¿Cómo y por qué se relacionan esas formas con el poema de aventuras y, por último, con los libros de Caballerías?

F. DE PAULA CANALEJAS.

LA FERMENTACION

Y SUS RELACIONES CON LOS FENÓMENOS OBSERVADOS EN LAS ENFERMEDADES.

(Continuacion.)*

He dicho que nuestro aire está lleno de gérmenes de fermentos, distintos del fermento alcohólico, que en ocasiones embarazan seriamente á este último. Son las malas yerbas de este jardin microscópico que frecuentemente cubren y ahogan las flores. Veamos un ejemplo: déjese al aire leche hervida. Se enfriará, despues se pondrá ágría, y, por último, se dividirá como la sangre en globulillos y en suero. Póngase una gota de esta leche ágría bajo la accion de un microscopio poderoso, y míresela con cuidado. Se verán glóbulos tenuísimos de manteca animados de ese curioso movimiento de trepidacion llamado movimiento browniano (1). No nos fijemos en este movimiento, porque hay otro que debemos seguir muy de cerca. Por todas partes se observa en los glóbulos una agitacion mayor que la ordinaria: fijese bien la vista en un punto en que esa agitacion se haya notado, y probablemente se verá salir un organismo de la forma de una anguila larga que, separando á uno y otro lado los glóbulos, se agitará rápidamente en el campo del microscopio. Cuando uno se ha familiarizado con un tipo de este organismo, que á causa de sus movimientos ha recibido el nombre de *vibrion*, descubre otros muchos. Estos organismos y otros análogos, aunque parecen sin movimiento, son los que al descomponer la leche la hacen ágría y pútrida. Son fermentos ágríos y pútridos, como la planta-levadura es el fermento alcohólico del azúcar. Sepárense de la leche estos organismos y sus gérmenes, y la leche persistirá agradable al gusto. Pero la leche puede volverse pútrida sin agriarse. Examínese la leche pútrida al microscopio, y se la hallará llena de organismos menos largos, mezclados algunas veces con vibriones, otras veces solos, y dejando percibir frecuentemente una gran vivacidad de movimiento. Sepárense de la leche estos organismos y sus gérmenes, y la leche no entrará nunca en putrefaccion. Póngase una chuleta de carnero al aire y á la humedad; si es en verano, adquirirá rápidamente mal olor. Póngase una gota del jugo de esta chuleta fétida bajo un microscopio poderoso, y se verán hervir en ella multitud de organismos análogos á los contenidos en la leche pútrida. Estos organismos, designados todos con el nombre de *bacterios* (2), son los agentes de toda putrefaccion.

* Véase el núm. 163, pág. 417.

(1) Estoy inclinado á creer que este movimiento debe considerarse como un efecto de tension de superficie.

(2) Indudablemente se hallan agrupados, bajo este nombre comun, organismos que presentan grandes diferencias específicas.



Quitense de la carne estos organismos y sus gérmenes, y se conservará siempre en estado sano. Por consiguiente, principiamos á ver que en el mundo de la vida á que pertenecemos hay otro mundo que sólo puede distinguirse con el auxilio del microscopio, pero que tiene, no obstante, con el bienestar de nuestro mundo, relaciones importantísimas.

Discurramos ahora un poco, si lo teneis á bien, sobre el origen de estos bacterios. Se os pone en la mano cierta cantidad de polvo granulado y se os pregunta qué es: le examináis y por cualquier motivo sospecháis que en aquel polvo se hallan mezcladas simientes ó esporos de algunas especies vegetales. Preparáis un cuadro en vuestro jardín y sembráis en él aquel polvo, y pocos dias despues veis brotar en el cuadro una mezcla de ruibarbo y de cardos silvestres. Repetís la experiencia una vez, dos, diez, cincuenta veces. Sembráis el polvo en distintos sitios, y siempre con el mismo resultado: ¿cómo responderíais á la pregunta que se os ha hecho? Desde luégo diríais: Yo no puedo afirmar que cada grano del polvo sea un grano de simiente de ruibarbo ó de cardo silvestre; pero puedo afirmar que la simiente del ruibarbo y del cardo silvestre forma una parte del polvo. Supongamos que se os pone en la mano una serie de polvos análogos cuyos granos sean sucesivamente más y más pequeños, hasta que lleguen á la dimension de partículas de polvo impalpable: supongamos tambien que obráis del mismo modo con esos diferentes polvos y que al cabo de unos dias cada uno de ellos da una planta, sea trébol, mostaza, reseda ó una planta aún más pequeña; la pequeñez de las partículas y de las plantas que de ellas resulten no puede afectar en nada la validez de la deducción. Sin sombra de duda deducireis que el polvo debía contener las simientes ó los gérmenes de los productos vivos que observais. En Fisica no hay experiencia más segura que la que acabamos de citar.

Supongamos que este polvo sea bastante ligero para flotar en el aire, y que os halleis en disposicion de verle tan bien como el polvo más pesado en el hueco de la mano. Si el polvo sembrado por el aire, en vez de ser sembrado por la mano, produce definitivamente una cosecha viva, podeis deducir con el mismo rigor que los gérmenes de esta cosecha debían existir en el polvo. Pongamos un ejemplo: las simientes de la plantita *penicillium glaucum*, de que ya os he hablado, son bastante ligeras para flotar en el aire. Una manzana cortada, una pera, un tomate, una raja cualquiera de médula vegetal, ó como dije ántes, un calzado viejo, una vasija con cola, un tarro de almíbar, constituyen un suelo muy á propósito para el *penicillium*. Ahora bien: si pudiera probarse que el polvo del aire, cuando se le siembra en ese suelo produce la planta, al paso

que, faltando el polvo, ni el aire, ni el suelo, ni los dos reunidos, pueden producir el *penicillium*, se tendrá, con razon, por cierto que en este caso el polvo flotante contiene los gérmenes de esta planta, así como el polvo sembrado en los cuadros de vuestro jardín contenía los gérmenes de las plantas que en ellos se desarrollaron.

Pero ¿cómo se hace visible el polvo flotante? Podeis hacerlo del modo siguiente: Construid una habitacion pequeña con su puerta, ventanas y puertas-ventanas. En una de estas abris un orificio que dé acceso á un rayo de sol, y cerrad la puerta y las ventanas de modo que no pueda entrar más luz que la que pasa por el mencionado orificio. Al pronto vereis clara y viva en el aire de la habitacion la huella del rayo del sol; pero si se evita toda turbacion en el aire, irá debilitándose cada vez más hasta que al fin concluirá por desaparecer completamente y no se distinguirá la huella del rayo solar. ¿Qué es lo que hacía visible primeramente este rayo? Era el polvo flotante que, iluminado y observado de este modo, se hacía tan palpable á nuestros sentidos como otra cualquier especie de polvo que tuviésemos en el hueco de la mano. En el aire tranquilo el polvo cae poco á poco al suelo ó se adhiere á las paredes y al techo, hasta que al fin, por este procedimiento de limpieza automática, el aire queda completamente purgado del polvillo que tenía mecánicamente en suspension.

Procediendo como acabo de decir, creo que marchamos por el verdadero camino. Continuemos del mismo modo. Cortemos un bisteeck y dejémosle por espacio de dos ó tres dias en agua caliente; de este modo, extraeremos jugo de vaca en estado de concentracion. Haciendo hervir el líquido y filtrándole, podremos obtener una infusion teiforme de vaca perfectamente trasparente. Expongamos varios vasos que contengan esta infusion al aire de nuestra habitacion, purgado, como ya hemos dicho, de materias en suspension, y pongamos otro cierto número de vasos iguales que contengan el mismo líquido en contacto de un aire cargado de polvo. Al cabo de tres dias, cada uno de los vasos del segundo grupo tendrá mal olor, y si se le examina con el microscopio se verán flotar en él numerosos bacterios de la putrefaccion. Pero al cabo de tres meses ó de tres años se hallará que la infusion encerrada en la habitacion arriba descrita, está tan clara, con tan buen gusto y tan libre de bacterios como en el momento en que se pusieron en ella los vasos. No hay absolutamente más diferencia entre el aire exterior y el interior que estar uno cargado y libre el otro de polvo. Proseguid la experiencia del modo siguiente: abrid la puerta de aquella habitacion y dejad entrar el polvo: al cabo de tres dias vereis hervir en bacterios los vasos contenidos en

ella y el líquido en estado de putrefacción activa. La deducción es ahora también tan cierta como en el caso del polvo sembrado en vuestro jardín. Multiplicad este género de pruebas construyendo cincuenta habitaciones en vez de una, y empleando en ellas todas las infusiones imaginables procedentes de animales silvestres ó domesticados, de carne ó de pescado, de aves y de vísceras, ó de legumbres de todas especies. Si en todos estos casos se encuentra que el polvo produce invariabilmente el desarrollo de los bacterios, al paso que ni el aire sin polvo, ni las infusiones de materias alimenticias, ni ambos elementos reunidos pueden producir nunca ese desarrollo, llegareis á deducir de un modo concluyente que el polvo del aire contiene los gérmenes del desarrollo de bacterios que se ha efectuado en todas vuestras infusiones. Lo repito, no hay en la ciencia experimental conclusión más cierta que esta. En presencia de estos hechos, y usando las mismas expresiones de un artículo publicado recientemente en la revista *Philosophical transactions*, diremos que sería absolutamente monstruoso afirmar que los bacterios cuyo desarrollo se ha visto han sido engendrados espontáneamente.

¿Pero no existe ninguna prueba de generación espontánea? Yo respondo sin vacilar: no. Mas dudar de la prueba experimental del hecho y negar su posibilidad son dos cosas distintas, aunque algunos escritores confunden las cuestiones haciéndolas sinónimas. Esta doctrina de la generación espontánea forma parte, bajo una ú otra forma, de las creencias teóricas de algunos de los más notables operarios de la ciencia de nuestra época; pero precisamente son hombres que tienen suficiente penetración para ver y bastante honradez para publicar la debilidad de las pruebas que poseen en su favor.

Y al paso observemos cómo coinciden estos descubrimientos con las prácticas ordinarias de la vida. El calor mata los bacterios, el frío los entumece. Cuando mi ama de gobierno tiene faisanes y desea conservarlos en buen estado, por temor de que se le echen á perder, principia por hacerlos hervir un poco, de modo que mata los bacterios que principian á nacer, y retarda de este modo el momento de su putrefacción. Hirviendo la leche aumenta igualmente el tiempo que puede conservarse. Hace algunas semanas estaba yo en los Alpes, donde hice algunas experiencias acerca de la influencia del frío sobre las hormigas. Aunque el sol tenía mucha fuerza, veíanse grandes manchones de nieve adherida á las pendientes de las montañas. Las hormigas estaban en la hierba y en las rocas calientes libres de nieve. Cuando se las trasportaba sobre la nieve quedaban paralizadas, siendo sorprendente la rapidez de su parálisis. Una hormiga gruesa perdía enteramente su facultad de locomoción al cabo de algunos

segundos, después de algunas ligeras convulsiones, y caía como muerta sobre la nieve. Transportada de nuevo á la roca caliente, volvía á la vida, y se podía hacerla caer de nuevo en su entumecimiento poniéndola otra vez sobre la nieve. Lo que pasa á la hormiga pasa también á nuestros bacterios. Su vida activa está suspendida con el frío, y con la vida está suspendida también la facultad de producir ó continuar la putrefacción. Hé aquí en qué consiste toda la ciencia de la conservación de la carne por el frío.

Así, por ejemplo, cuando el vendedor de pescado rodea su mercancía con hielo, detiene la acción de la putrefacción entumeciendo y reduciendo á la inacción los organismos que la producen; y faltando éstos organismos, el pescado se mantiene sano y con buen gusto. La pasmosa actividad que por el calor adquieren estos bacterios es la causa de que un día de calor sea tan desastroso para los carniceros en grande escala de Londres y de Glasgow. Los cuerpos de los guías que se pierden en las grietas de los ventisqueros de los Alpes han vuelto á aparecer alguna vez cuarenta años después de su desaparición, sin que sus carnes mostrasen indicio alguno de putrefacción. Pero el caso de este género más admirable es el del elefante velludo de Siberia que se ha encontrado incrustado en el hielo. Hacía siglos que estaba allí enterrado; pero cuando quedó al descubierto, su carne tenía buen gusto, y pudo servir, durante algún tiempo, de alimento á los animales carnívoros que vinieron á regalarle con ella.

Atacan á la cerveza todos los organismos de que acabamos de hablar: algunos de ellos producen el ácido acético y otros el ácido butírico, cuando la levadura se halla expuesta á la acción de los bacterios de putrefacción. En sus relaciones con la bebida especial que se propone fabricar el cervecero, los fermentos extraños se llaman con razón *fermentos de alteración*. Las células de la verdadera levadura son unos glóbulos que habitualmente son un poco prolongados. Los otros organismos se aproximan más á la forma de cilindros ó anguillitas, y algunos se asemejan á collares de perlas. Cada uno de estos organismos produce una fermentación y un olor que le son peculiares. Sepárense de la cerveza, y permanecerá siempre sin alterarse. Sin ellos, la cerveza no podrá experimentar nunca alteración. Pero sus gérmenes están en el aire, en las vasijas empleadas en las cervecerías, y hasta se los encuentra en la levadura con que se impregna el mosto. Sea intencionadamente, sea sin darse completamente cuenta de ello, el cervecero ejerce su arte de modo que lucha contra ellos. Su objeto es paralizarlos, si no puede aniquilarlos.

Además, la cuestión de temperatura es, para la cerveza, una cuestión de la mayor importancia; y

en efecto, la observacion de su influencia ha producido una revolucion completa en la fabricacion de la cerveza en el continente europeo. Cuando yo era estudiante en Berlin, en 1851, entre los puntos en que se vendía cerveza, había algunos que gozaban del favor del público. Aquella cerveza estaba preparada por el procedimiento que se llama de *fermentacion baja*, nombre que se le dió en parte porque en vez de elevarse la levadura de la cerveza á la parte superior y salir por el orificio, cae al fondo de la barrica, pero, en parte, tambien porque se produce á baja temperatura. El otro procedimiento, que es el más antiguo, se llama de *alta fermentacion*; es de manipulacion más cómoda, más expedita y ménos costosa. Con la fermentacion alta bastan algunos dias para obtener la cerveza; con la fermentacion baja se requieren diez, quince y hasta veinte dias. Además, en el procedimiento de la fermentacion baja se emplean grandes cantidades de hielo. Sólo en la cerveceria de Breher, en Viena, se consumen anualmente cien millones de libras (medida inglesa) de hielo para enfriar el mosto y la cerveza. A pesar de sus inconvenientes evidentes y graves, la fermentacion baja tiende muy rápidamente á reemplazar á la alta fermentacion en el continente. Hé aquí algunas cifras de estadística que dan el número de las cervecerias de cada especie que existían en Bohemia en 1860, 1865 y 1870.

	1860	1865	1870
Fermentacion alta.....	281	81	18
Fermentacion baja.....	135	459	831

De modo que en diez años el número de las cervecerias de fermentacion alta ha bajado de 281 á 18, al paso que el número de las de fermentacion baja se ha elevado de 135 á 831. La única razon de cambio tan grande, aunque implica una pérdida excesiva de tiempo, de trabajo y de dinero, es que el cervecero encuentra por este procedimiento el medio de dominar más fácilmente la accion de los fermentos perniciosos. Estos fermentos, que, como puede recordarse, son organismos vivos, pierden su actividad á temperaturas inferiores á 10° centígrados, y mientras permanecen en ese estado de entorpecimiento, la cerveza ni se agría ni entra en putrefaccion. La cerveza de fermentacion baja se fabrica en invierno y se conserva en bodegas frías. De este modo el cervecero puede disponer de ella á voluntad, sin tener que acelerar el consumo para evitar las pérdidas que le ocasionaría la alteracion que pudiera producirse permaneciendo almacenada mucho tiempo. Debe observarse que el lúpulo obra hasta cierto punto como antiséptico. El aceite esencial del lúpulo es un bactericida; de ahí la costumbre de impregnar fuertemente de lúpulo el jugo de toda cerveza destinada á la exportacion.

Pudieran llegar á considerarse estos bacterios y

todos los organismos inferiores como los principios de la vida, si no supiésemos que el microscopio, con la perfeccion y preciosas propiedades que ha alcanzado, no puede en modo alguno mostrarnos el principio de la vida. En la economía de la naturaleza esos organismos no son ni seres absolutamente inútiles, ni seres absolutamente perjudiciales. Porque solamente tienen esta última cualidad cuando están en un punto que no les conviene. Ejercen una funcion útil y preciosa para quemar y consumir las materias muertas, los animales, los vegetales, y reducir estas materias, con una rapidez que no podría obtenerse de otro modo, en ácido carbónico inofensivo y en agua. Además, no son todos iguales, y entre ellos hay sólo ciertas clases, cortas en número, que son realmente peligrosas para el hombre. Existe en ellos una diferencia que merece hablemos aquí de ella. El aire, ó más bien el oxígeno del aire, que es absolutamente necesario á la vida de los bacterios de putrefaccion, es completamente letal para los vibriones que producen la fermentacion butírica ácida. Este hecho se ha evidenciado por la preciosa observacion de M. Pasteur que voy á describir. Ya es conocida la manera de observar esos pequeños organismos á favor del microscopio. Se coloca sobre una lámina de cristal que tenga una pequeña concavidad una gota del líquido que los contiene, y sobre la gota un disco de cristal sumamente delgado: para que el aumento sea suficiente, es necesario que el microscopio esté situado muy cerca de los organismos. Hacia los bordes del disco, el líquido está en contacto con el aire y le absorbe continuamente, y en especial su oxígeno. De aquí que si la gota contiene bacterios, tendremos una zona de estos infusorios llenos de vida; pero á través de esta zona viva, ávida de oxígeno, y que se la apropia, no puede penetrar el gas vivificante hasta el centro de la capa. En el centro, pues, mueren los bacterios, al paso que sus compañeros se hallan en plena actividad en la periferia. Si alguna burbuja de aire llega á penetrar en la capa que está inmediata á la exterior, se ve á los bacterios que hay en ella agitarse y dar muestras de su actividad, hasta que han absorbido todo el oxígeno. Precisamente lo contrario acontece con los vibriones del ácido butírico. Con estos, los organismos de la periferia son los primeros que mueren y los del centro permanecen vigorosos rodeados de una zona de organismos muertos. Pasteur ha llenado además dos vasos con un líquido que contenía estos vibriones; introdujo aire en uno de ellos y los vibriones murieron en el espacio de una media hora; en el otro introdujo ácido carbónico, y pasadas tres horas estos organismos se hallaban en plena actividad. Observando, hace quince años, estas diferencias en la accion de uno y otro fluido sobre esos

ténues organismos, se suscitó en su mente la idea de la posibilidad de la vida sin aire, y sus relaciones con la teoría de la fermentación llamaron la atención de aquel admirable investigador.

Y, á propósito de esto, tentado estoy de preguntar cómo es que durante los cinco ó seis años últimos se han visto en Inglaterra y América tantos talentos cultivados separarse, como lo han hecho, de la fuente pura y sana de la verdad científica que se encuentra en los escritos de Pasteur. El hecho es tanto más sorprendente, cuanto que en el número de aquellos talentos se encuentran miembros de la profesión médica y colaboradores de algunos de nuestros periódicos más entendidos y reputados. La respuesta que puedo darme es que, al paso que un talento claro puede defenderse en la lucha con una mala lógica, por el contrario en la lucha contra experiencias defectuosas queda sin defensa, á ménos que no esté perfectamente disciplinado. Juzgar del valor de los datos científicos y sacar deducciones de datos que se consideran de valor, son dos cosas totalmente distintas. En un caso el trabajo versa sobre hechos materiales desnudos; en el otro sobre el tejido lógico urdido con estos hechos materiales. Ahora bien, la función lógica puede efectuarse y verificar exactamente todos sus movimientos aunque el tejido sobre que se ejercite tenga podridas la urdimbre y la trama. La causa primera de haberse separado de las ideas de M. Pasteur es la falta de habilidad motivada por la falta de la instrucción necesaria para una buena experimentación.

Voy á citar un ejemplo de estos errores de juicio. Entre los artículos de fondo y las revistas hebdomadarias de la *Saturday Review* se hallan intercalados ensayos sobre diferentes materias. Al ponerme á leer estos ensayos, en las veladas de las noches de descanso, me ha llamado la atención, no sólo la gran habilidad literaria, sino también la profunda ciencia y el poder de experimentación intelectual que brillan en aquella revista. En ella se ha discutido la cuestión de la generación espontánea. El autor de estos artículos no es en modo alguno inferior á sus colegas en cuanto al talento literario y á la fuerza lógica; pero como sus antecedentes no le suministran ninguna piedra de toque para distinguir una buena de una mala experimentación, ha comprometido la autoridad del competente periódico en que escribe, en un punto de tanta importancia práctica, y se ha puesto al servicio del error. Lo repito, sólo con la práctica de los hechos puede la inteligencia adquirir aptitud para interpretarlos, y no hay sutileza lógica ni habilidad literaria que pueda suplir á la falta de instrucción indispensable.

JOHN TYNDALL.

(Congreso de Glasgow.)

LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA.

I.

Señores: (1)

Abierta la edad presente á todo género de investigaciones y debates; el ardor, la precipitación y vehemencia con que suelen formularse los juicios, estorban que se nivelen siempre con la precisión y la justicia. Nada, por ejemplo, tan demostrado, para ciertas escuelas, como la decadencia de las artes bellas en nuestros días, y nada por tanto que más difícil sea de decidir y de comprobar. Elevando, los que así discurren, hechos singulares á la categoría de leyes absolutas; deduciendo de premisas, no del todo erróneas, consecuencias que si el espíritu de secta no vació en sus moldes, adolecen de falta de lógica y de sobra de apasionamiento; confundiendo lo que pedía análisis, y hasta con ignorancia del valor gramatical de las palabras, afirman que las artes plásticas y del diseño, carecen de energía para reponerse de su desmayo, toda vez que propuestos ó escarnecidos los ideales que un día rigieran la producción estética, el artista se arrastra por el lodo del más grosero realismo, sin medios ni voluntad para vencer las dudas y contradicciones, al calor de las rebeldías morales engendradas y triunfantes. Ni se dió, en sentir de estos pensadores, nada tan incompatible, por esencia y forma, con el sensualismo dominante, cual la compostura y elevación de que las obras de arte deben venir acompañadas si no han de verse convertidas en objeto de mísero comercio y en satisfacción de livianos apetitos; y es tal nuestra desdicha, que no se columbra remedio eficaz á la dolencia, pues las corrientes más poderosas del siglo, llevan la inspiración hácia el despeñadero de la incredulidad y del escepticismo, de donde únicamente lograrían sacarla las máximas que en tiempos más bonancibles nutrieron la vida toda, con sus sustanciosos y saludables jugos.

Contrayéndome á la escultura, por ser la que, según los críticos á que me refiero, declara más elocuentemente la verdad de sus observaciones, añádesse que ni aún cabe discutir su pequeñez y rebajamiento. A lo sumo otórgase á los contemporáneos facultad para reproducir los antiguos modelos con mayor ó menor exactitud, nunca con la originalidad que reclaman las genuinas creaciones del genio. Después de las tentativas restauradoras del Renacimiento, la enfermedad, dicen, ha cobrado muy alarmantes proporciones. Luchan ya el cincel y el

(1) Discurso leído por el autor al tomar asiento como Académico de número en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

mazo poco ménos que sin fuerzas contra los recuerdos clásicos y los obstáculos de todo género que la civilización moderna les suscitan. Gime, por el momento, el arte divino de Fidias en enojoso descrédito, y fatalmente hay que aplazar su regeneración y medros, abandonando la pretensión de levantarlo, en lo presente, con los elementos de que disfrutamos.

Reconozco, señores, que, bajo determinados conceptos, los tiempos actuales no facilitan con el amor que algunas de las civilizaciones antiguas la expresión de ciertos sentimientos; pienso que nuestras condiciones sociales difieren de las alcanzadas por griegos y romanos, lo necesario para crear dificultades al escultor con la supresión ó mudanza de los resortes que debían coadyuvar al éxito de sus empresas; y no obstante, páreceme ilícito negar que el siglo XIX disfruta de títulos, y no escasos, para reclamar un puesto de honor al lado de los que más se puedan haber enaltecido en esta clase de ventajosas manifestaciones. Con error y desconocimiento real de las cosas proceden los que niegan originalidad y belleza á la escultura contemporánea; mucho más los que se atreven á sostener que ni goza de vida lozana ni tiene puesto reservado en los fastos del humano progreso.

Veamos, ántes de ventilar el tema en la esfera de los hechos, lo que acerca de él nos enseña el raciocinio filosófico. Y en primer término, cúmpleme advertir que cuantos hablan de decadencias artísticas no se fijan en las mudanzas que en todas las cosas al hombre relativas introduce y justifica el movimiento de la vida social. Ni como idea ni como forma es el arte inamovible; por el contrario, se altera y modifica, en lo justo, según la índole de las civilizaciones, porque al par de todo el mundo, hállase sujeto á crecimientos y vicisitudes que se engendran unos de otros, trasformándose y adaptándose á las sucesivas necesidades de la vida histórica. Lejos están de ser absolutos y constantes los principios que rigen la actividad estética; pues hasta el concepto reflexivo de lo bello abstracto, experimenta cambios que alcanzan al tipo de la belleza exteriorizada.

Es el arte uno y vario; uno en cuanto á que su objeto es la belleza sensible; vario en lo que toca á los medios que utiliza y concierta, y al par á los métodos que emplea para realizar sus producciones. Pensar que la escultura clásica es toda la escultura, esto es, representarla cual exclusiva muestra y prototipo de lo bello, equivale á desconocer la variedad y riqueza de la inteligencia humana y negar sus facultades. Sin salirnos de los límites del mundo antiguo, descúbrense otras civilizaciones que ofrecen obras bellas, bajo la ley de la relatividad á que está sujeto el arte. Buscar lo absoluto en su historia, es afanarse tras fantasma impalpable: fórgase lo abso-

luto estético por el raciocinio convenientemente guiado; pero, si existe en el mundo objetivo, no fué hasta ahora sentido y apreciado por ninguna capacidad consciente. Es la realidad vária y multiforme, y el arte es realidad, y por eso varía en sus formas accidentales ó permanentes, en el grado que permite su nativa sustancia. Llégase á lo ideal lógicamente por la experiencia y la especulación: podrá pensarse un bello absoluto abstrayendo cualidades y encadenando silogismos; pero ese absoluto, sin realidad positiva, no será el de los artistas ni el de sus concepciones, si el de los metafísicos.

Forzoso es, dada la legitimidad de esta doctrina, representarse la escultura cual série de hechos reales que empieza en el idolillo modelado con arcilla por el hombre primitivo, y que se continúa á través de los siglos. Reconocido así, adviértese que en toda obra escultórica es de razón discernir lo individual y lo social, la parte de mérito ó flaqueza imputable al artista exclusivamente, y lo que corresponde al medio moral donde se inspira y mueve. Queda por tal modo, la obra, en relación con las dos energías en ellas concertadas; con la del autor y con la del momento histórico en que éste vive. Ábrense entónces ancho horizonte á la contemplación del crítico, y los problemas más oscuros se iluminan. Las obras que estudia responden al estado que el arte alcanza como tecnicismo, gusto y finalidad, y también al temperamento de las instituciones religiosas y seculares, ó no responde á lo uno ni á lo otro, y es arcaísmo, utopía ó producto abortivo sin viabilidad.

Rara vez acontece lo último; lo usual es lo primero. El arte en sus trasformaciones es símbolo y resumen de la vida moral de los pueblos. Solo así se justifica como institución. Ni acompañados de este criterio ha de parecernos tan inexplicable la escultura asiria ó ninivita con sus misterios, ni tan monstruosa la indostánica, ni exenta de todo merecimiento la del Egipto. La inmovilidad del ídolo á orillas del Nilo, su expresión y sus accesorios en las del Ganges, no se reputarán defectos propios del artista, ni cual signo de incapacidad estética, ántes bien como efectos del hieratismo y de la liturgia. Toda la exuberancia decorativa de los inmensos simulacros de Ellora y de Elephanta, toda la abrumadora riqueza de los monumentos de Korsabad y de Persépolis, de Nimrod ó Koyunjik reconocen por origen nó la fantasía desbocada, abriendo la puerta á todo género de dislates, si las ideas que forman el dominio jurídico donde el arte actúa. En mi juicio, todo estudio que tenga por objeto el arte antiguo ó moderno, en alguno de sus periodos, ha de pedir auxilio al conocimiento de las instituciones que lo acalararon, y solo así habrá ocasión de juzgar sus obras con la bondad y precisión que consientan la

capacidad del que examina y los métodos empleados en la indagación.

Fijándome de nuevo en la escultura que precedió á la helénica, parece que las obras egipcias ó babilónicas no arguyen carencia de ingenio ni de maestría en los escultores. Llegaban éstos en el pulimento del duro granito y del tenacísimo pórfido á donde puede llegar el maestro de hoy que goce de instrumentos más perfectos, y en lo privativo al dibujo y al modelado, tanto como á la interpretación de las líneas y ondulaciones del cuerpo, monumentos ofrece el Egipto que nos enseñan el admirable grado de delicadeza y de exactitud á que sabían y podían elevarse sus artistas. Basta citar las estatuas de Schafra y de Ra-em-ké, para que á la memoria acuda el recuerdo de las maravillas que aquellos produjeron, siempre que favorables coincidencias les brindaban propicia ocasión y coyuntura; basta contemplar alguna de sus representaciones conmemorativas, para descubrir su idealidad poderosa, juntamente con el viril empeño de fijar el exacto parecido del personaje retratado. Si los brazos no se apartan del tronco, si las piernas están pegadas é inmóviles, si el cuello aparece rígido y la estatua entera carece de gracia y de vida, atribuido á la liturgia, nunca á la extravagancia del gusto ó á la incapacidad del tecnicismo. Detrás de cada simulacro yace una momia, y la momia es el símbolo perfecto del pueblo egipcio; que es el Egipto cual inmensa necrópolis donde la vida obtiene una representación suministrada por la muerte, en algunos de sus más señalados atributos.

Trasladándonos de la patria de los Faraones á la Grecia, vemos que el fenómeno se repite bajo distinta clave. La escultura es el emblema de la existencia social: el escultor piensa con sus contemporáneos, y retrata las alegrías, los entusiasmos, los desfallecimientos, las esperanzas, las flaquezas y las virtudes de su siglo. Al lado de lo que al genio y á la inspiración individual pertenece, notamos lo que procede de las muchedumbres, lo que representa el inextricable tejido de relaciones, influencias, afinidades é impulsos que concurren á la producción. Como en todas las antiguas civilizaciones, el arte helénico es mayormente litúrgico. Al labrar el mármol ó al fundir los metales, cree el artista ejecutar un acto religioso, ó, por lo ménos, de la más elevada moralidad. Todo por la religión, porque esta es la savia poética, el caudal armónico que enriquece la vida. De aquí la constante elevación del genio helénico hácia lo abstracto, hácia aquel término de suprema beatitud y olímpica serenidad que Platon formularía en filosóficos conceptos. La perfección imaginada, descansando en el equilibrio de las facultades, en el ritmo de los movimientos, en la compostura del talante, en el decoro de la expres-

sión, en la belleza del conjunto; tal es el objeto del arte escultórico. No repiten las estatuas servilmente la realidad, porque esta no alcanza la perfección absoluta; solo al arte es dado realizarla, corrigiendo, mejorando, regularizando la naturaleza, sujetándola al cánon teórico y convencional que la aspiración reflexiva de lo grandioso ha forjado. El idealismo del arte griego no se parece á ningun otro, porque es la apoteosis del hombre y de la naturaleza.

Bastan estas observaciones para que el ánimo no se extravíe al penetrar en la heredad del arte moderno y contemporáneo. Nuestro siglo no conoce el arte litúrgico como institución. Ahora la escultura, cual la pintura, son puramente seculares. Esta reforma trascendental que apunta en las postrimerías de la Edad Media, cuando pintores, imagineros, orfebres y tallistas abandonan las celdas monacales para constituirse en gremios, confraternidades y gildas; esta mudanza, impulsada como doctrina por la iconomanía y sistematizada en las luchas cívico-religiosas que terminan con la paz de Westfalia, contiene todo el arte moderno, explicando sus reverses y sus glorias. La secularización de la escultura no es un hecho subalterno ni exterior; es toda la ley estética modificada; es el cambio radicalísimo de los polos de la producción, ó sean el móvil y la finalidad. Con esta sola reflexión quedan descifradas todas las vicisitudes de la escultura desde Bernino hasta los últimos representantes del amaneramiento frances; reflexión que nos declara sus actuales zozobras, sus dudas, sus vacilaciones y también sus esperanzas y sus triunfos, que nos dice cómo el arte cambia de norte, cómo ya no le protege el templo, ni vive en la inviolabilidad del dogma, rodeado de la barrera de la piedad devota, hallándose expuesto á todos los embates de la social contienda, habiendo de oponer su existencia y sus prerogativas á otros muy importantes modos de la actividad humana, teniendo que adaptar formas antiguas á ideas modernas, y por tanto, que recoger con esmero los sentimientos que ahora nos conmueven, para expresarlos en majestuosas creaciones, donde la realidad se asocie al más encumbrado idealismo.

Bien lo sabeis, señores; en Grecia el desempeño de un cargo equivalía, para el artista, al cumplimiento de una misión entre religiosa y política. Entre nosotros, el escultor es sólo un hombre de más ó ménos talento, cuyos méritos personales pueden elevarlo en la escala de la holgura y del prestigio. En Grecia, lo primero era el honor; hoy la honra suele ser propuesta al provecho. Con frecuencia el artista griego consagra su vida á una sola obra, seguro de que con ella se inmortalizaría. Mucho han cambiado las ideas desde entonces: al presente el artista infecundo se muere de hambre,

siendo el vivir lo primero. Ni quiere esto suponer que ante los modernos haya el artista desmerecido. Recordad el duelo que conmueve á Italia al morir Rafael; recordad las exequias de Canova y de Torwaldsen, de Ingres y de Fortuny, si quereis convenceros de lo contrario. El genio, que cual águila se cierne en las alturas, logrará siempre imponerse al indiferentismo de su época. Ni hay fundamental diferencia, si bien se mira, entre lo antiguo y lo moderno, en cuanto á esto. Si Praxiteles necesitó, con una suma habilidad, identificarse en pensamiento y afecto con sus conciudadanos para obtener codiciada popularidad, lo propio han de hacer los escultores que ahora aspiren á tales conquistas; vivir en la comunidad de la idea contemporánea, conocer las aspiraciones más sublimes del siglo, sentir en la conciencia las resonancias de la conciencia general y el oleaje de las pasiones y el movimiento dramático que ahora nos conmueve en agitaciones grandiosas.

Equivócanse, en resumen, los que hablan de la decadencia del arte escultórico. Lejos de mostrárenos en pobre y mísero estado, crece con señales que anuncian una muy brillante esflorecencia en cercano período. Secularización y difusión, hé aquí sus dos grandes anhelos; secularización, esto es, compenetración por las corrientes más legítimas de la existencia; difusión, es decir, dilatación y crecimiento de sus ventajas bajo la doble relación social y geográfica.

En verdad que la empresa es árdua y el trabajo fatigoso; mas precisamente las dificultades vencidas son la quilatación del mérito verdadero. Nuestros artistas, sobre conocer y sentir el ideal clásico, habrán de buscar su inspiración en la historia, en la leyenda, en la poesía, en las costumbres, en las tradiciones y esperanzas de los pueblos modernos, nutriendo su fantasía en la rica vena de la idea romántica, calor y nervio de las instituciones más prósperas y lozanas. Fuera del romanticismo—y por éste entiendo la cultura occidental fecundada por el cristianismo—el artista hallará ante sí constantemente, el obstáculo irreductible del arte greco-romano, que como pensamiento es puro arcaísmo. Ni son insignificantes los que le crean las costumbres, y también la crítica, asaz exigente y á menudo descompasada; á pasar de todo lo cual el arte se engalana con los nombres de los que lograron triunfar de tantas desventajas. No faltan escultores que dignamente personifiquen la estética romántica. El siglo XIX, como sus predecesores, forjóse una propia idea de lo bello escultórico, utilizando, de un lado, los elementos tradicionales, del otro, cierta suma de ideal engendrado en lo más íntimo y poético de sus aspiraciones grandiosas. Alcanzar esa meta, dar carácter á esa escultura, determinarla

con rasgos privativos que sean á modo de heraldos de la originalidad y del entusiasmo, entiendo yo que debe ser la tarea del artista y el norte de sus redoblados esfuerzos.

II.

Acabo de indicar que cada siglo afirma la belleza á su manera, lo que equivale á decir que en cada gran espacio de tiempo domina una nota que resuena en todas las obras estéticas. Abrid la historia, y si prescindiendo, por brevedad, de los pueblos orientales, caminais hácia el ocaso, con la ayuda de los siglos, notareis que la escultura recorre una escala de modos, subiendo y bajando en la gamma de lo bello ideal, según que baja ó sube el nivel de la civilización. Guardaos, por supuesto, de pensar que esa escala es infinita; el arte no es la ciencia, donde los progresos de hoy se suman con los de ayer, donde los de mañana acrecentarán el caudal presente. Tiene el arte barreras infranqueables. Es progresivo dentro de su limitación; sin salir de ella puede retroceder, detenerse ó conservarse en cierto reposo, donde los ideales agotados contradigan los ideales por realizar. Lo que se comprende recordando que la misión del arte es contrahacer la naturaleza. Cuantos sostienen el arte progresivo en absoluto, desconocen lo que el arte es en sí. Por eso quisieran que el Renacimiento hubiera excedido al clasicismo y que nosotros nos encumbráramos sobre ambos. Indudablemente la moralidad del arte moderno no debe de ser, no es la moralidad de otras épocas; en esto el progreso es evidente, pero de todos modos, el desarrollo del arte se halla circunscrito al círculo donde la forma le retiene.

Doctrina es esta que da en tierra con los exclusivismos. En buen hora la escultura alcance con Fidias la máxima superioridad plástica; luego, con Scopas y Lysippo; intente otras victorias con la expresión de los afectos; semejante empeño ha de obligar á posponer unos elementos en beneficio de otros. Sólo así se encadenan las tentativas, se establecen y organizan los ciclos y durante ellos todo conduce hácia un fin único, siquiera la actividad recorra caminos diversos, hasta que se llega á un término donde las ideas generadoras parecen cumplidas. Entónces el movimiento de ascensión cesa, y el arte se conserva en la serenidad del supremo equilibrio, de donde le sacaran fuerzas regresivas, mensajeras del descenso, que detienen ó retardan nuevos impulsos, con nuevos conatos de mejoramiento. General y cotidiana es la lucha durante este período: las tradiciones pugnan contra lo desconocido, la crisis surge, la muerte amenaza, dánse momentos en que parece dueña y señora, si bien en sazón y oportunidad se determinan energías contra el abatimiento, y se rehacen los caracteres,

y se purifican los métodos, y se restaura lo bueno, y con los despojos utilizables de lo pasado y el vigor de lo presente, preparase el advenimiento de lo porvenir, que con nueva fisonomía aspirará á tener sus abolengos en las edades más preclaras.

También el mundo clásico asistió, cual nosotros asistimos, á semejantes alternativas. Hermosa, robusta y con juventud simpática primero; flaca y un tanto doliente luégo, llega la escultura greco-romana hasta los Antoninos, para postrarse en triste decadencia. Habriase dicho que en sus melancolías presentía la oscuridad y olvido en que debía retenerla parte de la Edad Media, é imbuida en tal creencia, entregábase á descomedida actividad. Desde Palmyra á Itálica, desde las montañas de los Avernos hasta Antinoe, las obras escultóricas se multiplican al amparo de aquella raza singular de gobernantes, sin que esto evite que cuando Constantino se declara por el Evangelio, lllore el arte sus desdichas, no amenguadas ante el brillo pasajero y fastuoso con que Bizancio le engalana. La espiritualidad del nuevo culto le perjudica. Ni permite la rebeldía de los iconoclastas, que á lo ménos se conserve la tradicion clásica con la fuerza que al arte cumplía; y á pesar de todo, los siglos medios producen escultores aventajados que labran estatuas no exentas de cierta belleza ingenua, acomodada á las doctrinas dominantes.

Un nombre célebre marca el instante en que el arte del Medioevo se despierta á la luz con que le convida el Renacimiento. Nicolás de Pisa es el primero que se decide á imitar el antiguo. Demuestra su hermano Juan mayor independencia, y tras de él Agostino y Agnolo de Siena, Jacopo della Quercia, Lucca della Robbia, Ghiberti, Brunelleschi, Donatello y Verocchio, con otros no ménos insignes, marcarán los grados del progreso que simbolizan en su apogeo Benvenuto Cellini, Torrigiano, Miguel Angel y los numerosos discípulos que le siguen en Italia, Francia y España. Abarcadas la Edad Media y el Renacimiento en su totalidad, ofrécnos la trasformacion de la estética y de los métodos docentes.

Cuando despues de admirar las creaciones del arte indico ó persepolitano; los colosos de pórfido y granito de las ruinas de Menfis, las estatuas iconísticas labradas por el griego con los mármoles, de Páros y del Pentélico, se detiene el crítico—segun que yo ejecuté—ante las puertas del Bautisterio ó en la Plaza del Palacio Vecchio de Florencia—recinto donde campean la «Judith» de Donatello, el «Perseo» de Cellini y el «Robo de las Sabinas» de Bolonia;—cuando luego admirá en Milan el «Despellejado» de Agrati; en Venecia el «Colleone» de Verocchio; en Roma el «Moisés» de San Pedro «in Vincoli;» el «Cristo» de la «Minerva;»

la «Pietà» de San Pedro «in Vaticano,» producto admirable, los tres, de la colosal fantasía de Buonarroti; cuando siguiendo su peregrinacion, contempla en Nuremberg las esculturas de Peter Vischer, y en Paris la «Diana» de Goujon y las «Gracias» de Pilon; en Sevilla, el «San Gerónimo» de Torrijano; los «Cristos» de Martinez Montañez y de Roldan; en Valladolid, Búrgos, Granada y otras ciudades los selectos trabajos de Berruguete y Bccerra, de Cano y Monegro; cuando, al postre, se fija en las obras de talla y de orfebrería que atesoran nuestros Museo, los riquísimos grabados y nielos que producen las artes aplicadas durante los siglos XV, XVI y XVII; agigantase el Renacimiento y aparece cual renovacion gallarda, fecunda y grandiosa, no indigna del honrosísimo lugar donde la historia hubo de colocarla.

Pero tanta exuberancia había de tener su natural complemento. El exceso de facultades sería ahora cual tósigo de muerte. En la Edad Media motivaron la decadencia causas distintas, entre ellas la atonía mística. Vivir es morir, ó lo que es semejante, trasformarse. Esta es la ley ineludible de la existencia. Reducido parece el proceso biológico á un cambio permanente de sustancias en el fondo idénticas, que se organizan bajo formas diversas. La inamovilidad y la permanencia nos son desconocidas. También el Renacimiento pasa de la frescura juvenil á la virilidad ardiente, de esta á la senectud helada. Luégo que los Bandinellos, los Boloñas y los Sansevinos bajan al sepulcro, queda solo Bernini para acompañar á Dédalo en sus tristezas. Ni consiguen devolver al arte su lozania los esfuerzos de Algardi y Fiammingo, de Ferrata y de Rusconi, de Puget y de Girardon, de Coysevox y de los Costou, de Falconet y de Pigalle, de Michel y de Vergara, de Castro y de Gutierrez, que aun distinguiéndose, en ocasiones, de la turba de medianías que ha invadido los puestos reservados al talento, sobrepuja el amaneramiento á la reforma, poco enérgica todavía. Grande amor profesaban al arte los citados maestros; no carecían de facultades, ni excusaban la fatiga que la regeneracion estética reclamaba: la fuente del mal no eran ellos; residía en la atmósfera social y docente. El error de los siglos XVII y XVIII consiste en haber abusado de la fantasía, apartándose de la sobriedad y sencillez que á lo bello cumple. Tanto ingenio y artificio se desplegó, que hubo de llegarse á lo estrambótico, con el menosprecio del axioma conocido de que precisamente *ars est celare artem*. Impulsada por las corrientes sociales, cobró la escultura una libertad de expresion y forma escandalosa, llegando á rebajarse en la idea de un modo deplorable, si quiera se disfrazara con las pretensiones más exorbitantes. No satisfaciendo los contrastes natura-

les, ampliábanse con los excesos del movimiento en el tronco, en los miembros, en el traje y en los accesorios; y la pudorosa austeridad de la desnudez clásica, fué reemplazada por un sensualismo excitante que palpitaba en las carnes, cuyas inflexiones se acentuaban con pecaminosa complacencia. Estremóse el pulimento trocándolo en afeminación, venció la gracia coquetona á la dignidad simpática, volteáronse las ropas en los extremos, dióse tortura á las actitudes para hacerlas teatrales ó provocativas, retorciéronse los músculos, hincháronse con rasgos morbosos el seno y las partes que se querían hacer resaltar, se soltaron las cabelleras en ondulantes rizos agitadas, la energía expresiva pareció caricatura ó melindre, y los detalles y los efectos subalternos se cuidaron tan minuciosamente que afearon el conjunto. ¡A tales equivocaciones arrastraba la estética arbitraria y los desdichados métodos que el neo-clasicismo francés había conseguido imponer á la Europa culta!

Al comedar la anterior centuria, la depravación llegó al colmo. Sostenían los teóricos la inferioridad del cincel griego si con el moderno se le comparaba, en cuanto á fijar el movimiento de la anatomía y á la reproducción de las vestimentas. Soñábase con que la escultura fuera á modo de pintura, y que sobre reproducir nubes, plantas, flores y animales, cuanto encierra el mundo físico y moral, produjera, á la vista, algo parecido al color, gracias al mecanismo ingenioso del labrado. No se comprendía lo grandioso sin lo artificial, ni hubo respeto para la naturaleza, corrigiéndosela con pedantescas aspiraciones. Hizose insoportable el afán de conmover y el efectismo rayó en delirio. ¡Estudiábase el antiguo para enriquecerlo! Grecia, escribíase, no conoció la suprema elegancia, la expresión irresistible, el modelado que sorprende, la energía y ampulosidad en la idea, el fuego en la pasión, la indumentaria que logra contrahacer la realidad engañando á los sentidos.

Así las cosas, ocurren dos acontecimientos que á su modo detienen la decadencia; el hallazgo de las riquezas artísticas de Herculano y de Pompeya, y la Revolución francesa. Si el uno por el trabajo de los arqueólogos contribuye á la restauración del buen gusto, ésta coloca la escultura en la palestra de las ideas contemporáneas y promueve su quilatación y sus medros. Fueron las estatuas desenterradas de los contornos de Nápoles espléndida revelación de lo bello abstracto en una época enamorada de los pobres modelos del barroquismo, cuando la voltaria moda regía la voluntad de los artistas, que, sin el severo criterio de una educación sustanciosa, confundían á menudo lo falso con lo real y tomaban los pasajeros caprichos de la gente cortesana por dictados definitivos del gusto más acrisolado.

Heyne y Caylus, Winkelmann y Marini, Hamilton y Agincourt, Maffei y Zoega—para citar sólo los más nombrados—dieron á conocer, bajo nuevas relaciones, los monumentos greco-romanos que las excavaciones producían ó que su diligencia sacaba del polvo de los museos, y á su sombra, los que esperaban la regeneración del arte cobraron ánimo, creyendo seguro el triunfo. Restaurado el crédito de la antigüedad, se despertó vivo interés hácia sus cosas: Norden y Pocope visitaron el Egipto; Velker, Spohn, Revet y Suard, el Ática y la Jonia; Carlos III en Nápoles, Alejandro Albani, príncipe de la Iglesia, en Roma; el duque Leopoldo en Toscana, toman á pecho la difusión de los principios de la arqueología y de la estética, y al efecto crean Academias y Museos, promueven estudios y patrocinan obras descriptivas que favorecerán la restauración anhelada, y se distinguió entre los Mecenas de la época el embajador de España en Roma, Azara, quien hubo de convertir el palacio de la Legación en albergue de eruditos, literatos y artistas, viéndose asistido en su empresa generosa por el caballero Mengs, mientras el conde Algoritti y Milizia guiaban á los obreros del nuevo edificio con sus suaves advertencias ó sus críticas severas.

Unid estas corrientes al sacudimiento de 1793, y quizá vereis descifrados los principios generadores de la escultura contemporánea. Houdon es el punto culminante de la protesta contra lo establecido, que triunfa cuando los acontecimientos políticos llevan todo el favor é influencia del lado de los innovadores. Con Houdon el nuevo ideal se hace hombre. Es la belleza para él inseparable de la verdad, que no se obtiene sin que el talento obtempere á las reglas estéticas más lógicas y justas. Penetran los reformistas con Houdon en la heredad artística, como dueños y señores, mientras sus maestros caen bajo el anatema que la pasión revolucionaria lanza iracunda sobre ellos. ¡Extraña coincidencia! En este desenlace, los conservadores patrocinan el sensualismo más trivial y fatigoso; y los corifeos de la Revolución, dícense ministros de la idealidad más extremada!

Para la nueva escuela, la idea de la belleza es absoluta. Levántase sobre las afirmaciones individuales que son relativas, y como Grecia fué la que logró acercarse más al prototipo de lo bello, el artista que pretenda elevarse de lo real á lo ideal, debe seguir el camino que recorre el arte griego al interpretar la naturaleza. De estas máximas participan el sueco Sergel y el inglés Flaxman, que en Roma alcanzan renombre. En no poco favorecieron los trabajos del último á la próspera reforma; el primero es el fundador con Torwaldsed y Fogelberg, de la gran escuela que hoy ilustra al Norte escandinavo. Andan en manos de todos las bellas composiciones con que

Flaxman ilustró la «Iliada,» la «Odisea» y la «Divina Comedia,» y nada tengo que decir sobre su estilo y merecimientos. Tiene Sergel en el Museo Nacional de Stokolmo una «Vénus» y un «Fauno» que á falta de otras producciones bastarian para inmortalizarle.

Recomendándose uno y otro á nuestra consideracion, no hay modo de negar que con Canova empieza la dinastía contemporánea de grandes escultores. Propaga Canova en teoría una manera de eclecticismo, término juicioso entre la naturaleza y lo ideal. No es realista ni clásico; y aunque opina que el arte menospreciador del natural está perdido, entiende que el artista debe atenerse al cánon griego, no servilmente, ántes modificándolo con cautela, hasta adaptarlo á las actuales conveniencias y necesidades. Bien mirado, Canova es el continuador de la tradicion clásica más pura, acomodada con originalidad y talento á nuestros propios afectos. Así por lo ménos lo he sentido estudiando sus obras, entre las que descuellan el «Teseo vencedor del Minotauro» del «Volksgarten» y el «Panteon de la princesa María Cristina» de la iglesia de los Agustinos, ambos en Viena. No hay para qué decir que el simulacro mitológico pone en la mente el recuerdo de las más delicadas producciones helénicas, á pesar de que en él se descubre algo que de rigor pertenece á nuestros tiempos; empero un hecho idéntico se reproduce en el monumento cristiano. Yo no he sabido sustraerme á la impresion que esta obra hubo de producirme. Ni la localidad, ni los atributos, ni el nombre de la difunta, ni la atmósfera, en fin, que rodea el mausoleo, lograron borrar la idea pagánica que en el ánimo se producía contemplándolo.

Canova es la renovacion del ideal griego en nuestra época. Para comprobarlo, no es forzoso recurrir al «Perseo,» ni al grupo del «Amor» y «Psiquis,» donde la elegancia y el pulimento rayan en lo incomprendible, no á sus «Luchadores,» sino á la «Tumba de los Estuardos,» á la «Magdalena arrependida» y hasta al ponderado «Mausoleo de Rezzonico.» Templado por el estudio del natural, el idealismo de Canova, entraña nobles enseñanzas y lleva hácia elevados términos el arte, cuyo cetro solicitan Paris y Roma, si bien ésta le retiene sin menoscabo del crédito que el primero ha granjeado; porque es Paris vestibulo del templo artistico y tambien palestra adonde tornarán los adeptos, ganosos de nombre y galardón, una vez iniciados en los misterios augustos de que Roma, suprema atraccion del alma enamorada de lo grande y de lo ininito, es único santuario.

No fué sólo Canova el mensajero del claro dia que alumbraba los horizontes del arte. Tres artistas de mérito disputáronle la honrosa primacía que había

obtenido. El de más edad tuvo por nombre José María Alvarez y nació en la hermosa region de Andalucía; el segundo fué el gran Torwaldsen, gloria de Dinamarca; el tercero, Rauch, procedía de Alemania.

Hombre extraordinario Alvarez, rival preclaro de Canova, vencedor de éste en honrosísimo certámen, habríale igualado en fama, de haber sido ménos modesto y ménos patriota. Circunscrito al círculo estrecho de su patria y de sus estudios, cuando le llamaban sus talentos á mayor notoriedad, apénas si en la preocupacion de la política contienda se le otorgaron los miramientos que de derecho le correspondían. Es Alvarez el primero de nuestros escultores modernos, y sus obras joyas son no estimadas todavía en su justo valor y en todas sus partes. Aunque hijo de su siglo, fijó la mirada en las esplendentes alturas del Pecilo y del Acrópolo, y si el «Episodio del Sitio de Zaragoza» muestra cómo sintió la pasion de la libertad y del patriotismo, el «Apolo» gradúale de felicísimo discípulo de lo clásico más discretamente concebido.

Llena Torwaldsen la Europa con su nombre, y fundando la escuela dánica, alcanza los honores de la apoteosis, que solícitos le ofrecen sus conciudadanos. Rauch es algo más que un maestro reputado; es todo el arte alemán de bulto. Pertenece Torwaldsen á la estirpe del genio que carece de localizacion en el tiempo y en el espacio, siendo como es eterno y universal. Por eso miran sus obras tanto al pasado como á lo presente. Con la «Vénus» y el «Mercurio» renacen los laureles de la Grecia; en el «Triunfo de Alejandro» ví la escultura heroica desdoblarse su rico panorama ante mis ojos absortos; el colosal «Apostolado» de Nuestra Señora de Copenhague, y la «Institucion del Pontificado» del Palacio Pitti, y los «Angeles» del Duomo de Novara, y las «Tumbas» de Pio VII y del último de los Hohentantfes, respectivamente en Roma y Nápoles, retrataronme el artista romántico que une la forma clásica á un muy delicado misticismo. Nadie ántes que Torwaldsen supo con elementos antiguos dar vida á cosas modernas. El «Monumento de Federico VI» en la Jutlandia y las estatuas de «Schiller» y «Gutenberg» así lo testifican.

Alcanza Rauch la estatura de los colosos. Su preocupacion es el «Vaterland,» la patria. Cada obra suya es cual página gloriosa entregada á la admiracion de las muchedumbres. Escultor nacional por excelencia, obrero de la hegemonía germánica, Rauch llena el Walhalla con los valientes simulacros de Maximiliano de Baviera y de Durero, de Sharnshort y de Bülow, de York y de Blücher, encerrando por tal modo en un mismo ciclo á cuantos en lo pasado y en lo presente coadyuvaron á la

alta empresa, y por remate, labra el «Monumento de Federico el Grande,» símbolo de la Alemania moderna, donde brillan desde Kant y Lessing hasta los guerreros y políticos más insignes de nuestros días.

No hay modo de negarlo: el progreso se realiza por diferentes caminos. El sentimiento de lo bello acaudala las producciones de los maestros; pero el estilo de cada uno es distinto. Desapareció la uniformidad enojosa de las decadencias precoces, antes bien resalta cierta variedad fecunda, signo de la existencia exuberante que se afirma individualmente sin perder el nexo común.

Habían elevado las guerras del Consulado y del Imperio la Francia al puesto de árbitra de los destinos de Europa, y no satisfecha con la supremacía política, aspiraba á que Paris fuera emporio supremo de las ciencias y de las artes. Los generales conquistadores, al domeñar pueblos y ciudades, apropiábanse todo linaje de preseas artísticas, que eran trasportadas á las márgenes del Sena. Donde quiera que imperaba la Francia, eran liberalmente protegidos los maestros, contribuyendo estos hechos al lustre de la escultura, ora difundiendo los principios estéticos y rectificando el gusto, ya mejorando los métodos é impulsando con el estímulo la producción. Todo elevado sentimiento hallaba en Francia, en los primeros tiempos de la nueva era, campo donde dilatarse. Las ideas de virtud, heroísmo, libertad y patria enardecian el corazón de la juventud, ganosa de realizar las más árdidas proezas. Enriquecen Boissot y Callamard con muy selectos relieves la «Columna monumental del Gran Ejército;» esculpe Clodion en el Arco de Triunfo del Carrousel «la entrada de las águilas francesas en Munich;» ejecuta Chaudet el Fronton del Palacio legislativo; Roland ilustra el Louvre; Foucont y Stoul renuevan la memoria de los grandes hombres; Deseine da cuerpo á la abnegación de «Scévola;» crea Bridan su «Epaminondas,» y Dumont se acredita reproduciendo el busto de «Marceau,» guerrero tan heroico como malogrado.

Precedidos ó acompañados de esta falange, entrarán en el palenque Rude y David de Angers, pronto inmortalizados con la «Marsellesa» el primero, y con el «Tímpano del Panteon» el segundo. Trasfórmase sucesivamente la escultura francesa hasta convertirse en arte nacional nutrido en ideas verdaderamente nobles y generosas, y á medida que crece el siglo, sus progresos tienden á nivelarse con los que en otras naciones se registran. En Italia, Bartolini y Tenerani retienen el cincel en el decoro que Canova hubo de transmitirle; en España, también la buena semilla produce sazonados, aunque modestos frutos.

Sabido es que la política napoleónica llegó á ha-

cerse insoportable. Trajeron sus excesos que la más noble reacción se agigantara desde el Bétis al Newa, y cuando los españoles se inmortalizaban en Bailén, allende el Rhin sintiéronse como avergonzados de su ignominiosa inercia. Empuñan los pueblos germánicos las armas decididos á reconquistar la independencia que Bonaparte les secuestraba, y es por demás curioso el que en esta empresa política arraigue, en cierto modo, el romanticismo, que tanto en la literatura como en el arte intentará oponer lo propio á lo exótico, mediante el estudio y disfrute de los elementos con que brinda la historia y la actividad nacional. Una vez establecida la doctrina, no pretende sólo dar vida á lo nativo en la esfera estética, si que también sustituir la sequedad y el convencionalismo clásicos con la frescura realista. En gran manera participan de estas miras las naciones de la Escandinavia. Extraordinaria agitación las conmueve al propagarse la noticia del heroísmo demostrado por los soldados del marqués de la Romana, mercenarios de la Francia en aquellas latitudes. Alármase la juventud, y en su ardimiento quiere sacudir el yugo del arte francés que domina en la altas esferas sociales. Suscítase apasionada controversia, y los contendientes se dividen en dos bandos; militando en el uno los conservadores que hallan peligro en apartarse de la tradición; en el otro los patriotas, designados, en son de mofa, con el epíteto de «fosfóritos» ó «fosforistas.» Sienten éstos al punto la necesidad de regularizar sus acometidas y la defensa, y para ello crean una Sociedad que se apellidara «Gótica»—á pesar del concepto baladí que acompañaba al vocablo,—proponiéndose con ella dotar á la Escandinavia de una propia literatura. Cuando esto ocurría, Sergel imperaba en Suecia con su reputación de artista celeberrimo, siendo en el mundo artístico septentrional lo que Canova en el latino, esto es, la personalidad donde encarnaban las tendencias reformistas próximas al triunfo. Para que éste fuera efectivo, necesitábase romper de una vez y resueltamente con la tradición exótica. Fogelberg nació á la vida del arte dispuesto á todo, y alentado por Sergel, robusteció sus facultades en el estudio, en la meditación y en el trabajo. Cuando se estableció la «Sociedad Gótica,» voló á inscribirse en sus registros, imaginando que la reforma debía extenderse al arte, para lo cual era menester que éste tornara la mirada á las tradiciones y leyendas nacionales. La mitología greco-romana habría de ceder ante la nórdica, y los anales escandinavos suministrar los temas hasta entónces recogidos en otras fuentes.

De asaz atrevido hubo de calificarse el empeño, y también de absurdo, porque contradecía toda autorizada práctica, y también por lo indeterminado é informe de la materia á que se pretendía recurrir.

El Edda como los Sagas, apénas si eran conocidos de los eruditos. Ricos en episodios interesantes, faltaba que la crítica los fijara con pulso, gusto y asentimiento general. En sentir de Fogelberg, la forma externa no se hallaba ligada necesariamente á las tradiciones, cuyo origen era más que dudoso, y consiguientemente podía el artista hacer agradable el personaje fantástico, bajo condicion de no destruir su integridad histórica ó legendaria. Armado de esta teoría, produjo las estatuas de «Odin,» «Thor» y «Freya,» trinidad simbólica que campea al frente de las fábulas escandinavas. Prorumpieron los conservadores en gritos de indignacion; para los reformistas Fogelberg fué el símbolo de la nueva idea. Robustecidas las filas de los góticos con el éxito, verificóse una mudanza radical en la opinion, y nada pareció tan bello como el Olimpo Nacional con sus Ases, sus Nixos y sus Valkyrias. Entónces el entusiasmo rayó en delirio, y el nombre del maestro voló en alas de la fama por todas partes.

Resonaron los ecos de la victoria en las orillas del Báltico y del Sund, suscitando emulaciones legítimas. Comparte con Fogelberg las glorias y los premios Bystron, que anima los rasgos fisonómicos del popular vate Ballman; Qvarnstrom, que sobre crear nuevos tipos, esculpe las estatuas de Berzelius y de Wasa, y con la de otros ilustres hijos del Norte, la de Fegner, el inolvidable autor del «Fritiof Saga;» Molin, que da titánicas proporciones al busto de Torwaldsen, y en pos de ellos una tropa de jóvenes, entre los cuales algunos han escrito ya sus nombres en el pedestal de la gloria.

Sigue Dinamarca las huellas de Suecia, completando la restauracion artística que informa el romanticismo. Insigne trágico Oelenschlæger; novelador feliz, Ingemann; lírico, apasionado y elegante, Winther; Grundtvig, cantor homérico; Heiberg, Baggsen y Hauch, dramáticos fecundos; Thomsen, padre de la arqueología prehistórica; Hoyen, paladin de la critica romántica; Andersen, narrador admirable; Marstrand, que dibuja con el pincel la historia patria y anima el *Don Quijote*; Sonne, pintor de trances bélicos; Hansen, de los mitos; Hartman, que crea la música de los populares *Liden-Kirsten*; dándose la mano, empujan de frente el Renacimiento dánico, enriquecido por Bissen con numerosas y bellas esculturas. Todos los personajes citados, con otros no ménos insignes, decoran el círculo de su inspiracion. Suyos son, además, los monumentos erigidos al valor nacional en Fredericia y en Flensburgo, y la série de estatuas del palacio de Christiamborg, representativa de las heroínas dánicas, desde Ingeborg y Gudruna, hasta Thora y Nanna; desde la princesa Thira que construye el Dannewirke, hasta Margreth, que une á los escandinavos en Kalmar.

¿Habrá modo, conocidos estos hechos, de sostener que la escultura del siglo XIX es pobre é incolora? ¿Será justo, reseñado tan rico florecimiento, negar á nuestros maestros el fuego inmortal del genio? Ni aun Inglaterra, que parece entregada á la pasion hidrópica del industrialismo, vive distante de estas ventajas, como no vivimos los peninsulares. Los nombres de Agreda y de Machado de Castro; de Ginés y de Aguiar; de Salvatierra, Barros-Lavorao, Braga, Solá, Araujo-Cerqueira, Elías y Piquer lo declaran, sin recurrir á los que viven entre nosotros, ceñida la frente de merecidos laureles. Existe, señores académicos, existe la escultura con muy hermosos rasgos caracterizada y aun hácia más nobles fines dirigida. Vária, fecunda, reflexiva y sin faltarle sentimiento y majestad, progresa en la direccion trazada por la crítica más juiciosa. Sin ser clásica, aspira á que el antiguo sea uno de sus títulos nobiliarios; sin menosprecio de lo real, idealiza sus creaciones en la medida que piden los fuegos de toda obra verdaderamente estética.

Dejad que labre simulacros mitológicos, que produzca la alegoría y el emblema; esto no habrá de impedir que penetre cada dia con mayor resolucion y provecho en el dominio de la historia y de la literatura moderna, donde desde los *Nibelungos* hasta el *Romancero*, desde las *Canciones de Gesta* y los *Lieders* hasta las *Crónicas* y las *Leyendas* piadosas ó mundanas, habrán de suministrar épicos ó dramáticos, tiernos ó trágicos motivos al talento creador. Hora es de que el arte sea algo más que liviano deleite; algo que á su manera enseñe, corrija, ennoblezca y encumbre; algo que á la regeneracion moral contribuya; y cuando parece que hay fuerzas que hácia la duda y el abatimiento nos llevan, deber es del artista acudir al muro aportillado y reñir allí con los buenos por lo que purifica y ennoblece.

Ni es nuestra época propicia á las intolerancias y á los exclusivismos de sistema. La estatua griega continuará siendo el prototipo y el anhelo de la plástica, sin que olvidemos por la forma el pensamiento: Victor Hugo lo dijo en fórmula concisa, pero admirable, dirigiéndose á un consumado artista:

«La forme, ó grand sculpteur, c'est tout, ce n'est rien.
Ce n'est rien sans l'esprit; c'est tout avec l'idée.»

Concluyo, señores académicos. Dicho esto, y expresándoos en esta solemne hora de mi vida literaria la gratitud inmensa que llena el pecho, dejo cumplido el precepto de vuestro Reglamento y hecho notorio en cuánto estimo la distincion honrosa con que liberalmente me habeis favorecido.

FRANCISCO M. TUBINO.

VOCABULARIO DE LA ECONOMÍA.*

EMPRESA.

Forma de la producción, que consiste en el establecimiento de la industria por cuenta y riesgo de un individuo ó colectividad, que dispone de los medios necesarios para ello; y en otro caso, los acumula *asociando* el capital y el trabajo ajenos, á los cuales abona una retribución independiente del resultado que ofrezcan las operaciones productivas.

Las funciones del empresario son de organización y dirección de los elementos productivos, y constituyen no más que una aplicación particular del trabajo; su retribución, por tanto, que depende del éxito de la industria, se rige por los mismos principios que todas las retribuciones eventuales, y no exige una denominación especial, como han pretendido algunos economistas, llamándola *provecho*, é introduciendo en la nomenclatura de la ciencia un nuevo término, que, además de no ser necesario, recibía una significación poco adecuada. (V. *Asociación económica, Interés y Salario.*)

EMPRÉSTITOS.

Es el nombre que particularmente se da á los préstamos recibidos por los Gobiernos.

Las principales clasificaciones que se hacen de los empréstitos son: por la época del reembolso, en *temporales* y *perpétuos*; por la cantidad que el Gobierno percibe de aquella que representan los títulos que entrega, en empréstitos *á capital real* y *á capital nominal*, y por la manera de contratarlos, según que se emplea la *emisión*, la *suscripción* ó la *adjudicación*.

En los empréstitos temporales el Gobierno se obliga á devolver el capital en un plazo fijo, ó á pagar una renta á los acreedores por espacio de cierto tiempo.—Esta última forma, que era ántes la más usada, dió lugar á las llamadas *anualidades*, *rentas vitalicias*, *rentas viajeras* y *tontinas*. En los perpétuos, el Gobierno se compromete únicamente á satisfacer el interés convenido; pero esto no quiere decir que no haya de devolver nunca el empréstito, sino que reserva la elección del momento en que le sea posible ó favorable.

Se dice empréstito á capital real, aquel en que el Estado recibe íntegra la suma que se expresa en los títulos, ó sea cuando estos se emiten á la par; y á capital nominal el en que confiesa recibir una cantidad mayor de la que percibe realmente. La inversión del capital nominal es un artificio que no tuvo más objeto que ocultar al país el verdadero estado de su crédito y fingir que á su nombre se recibe el dinero barato, aunque le cueste muy caro. Para ello,

se ha adoptado siempre un tipo muy bajo de interés, menor del 5 por 100 generalmente, en épocas en que era mucho más alto el precio del capital, y como los capitalistas no podían prestar á ese tipo, daban por él solo 50 unidades en vez de 100. Resultado, que el 5 viene á ser interés de 50, que el verdadero precio es 10 por 100, y que habiendo de entregarse 100 en títulos por cada 50 efectivos, la operación sale á 10 por 100 de interés y 50 por 100 de capital, puesto que se reconoce doble del recibido. Conocido ya ese juego, los empréstitos han continuado, sin embargo, haciéndose de manera tan ruinosa para conservar un mismo interés á toda la Deuda. Esta unidad tiene sin duda grandes ventajas; pero no puede justificar el absurdo del capital nominal, porque, con ese sistema, perjudica á las naciones la subida de su crédito, que convierte en efectivas y obliga á satisfacer sumas puramente nominales en su origen.

Los empréstitos se contratan por emisión, llevando al mercado los títulos de la Deuda y colocándolos al precio que éste fija; por suscripción, señalando el Gobierno la cantidad que necesita y los tipos á que recibirá el dinero que los particulares le entreguen; y por adjudicación, que puede ser *directa*, y entonces el Gobierno arregla las condiciones del préstamo con una casa de banca ó Compañía, y *en subasta*, cuando el empréstito se cede al que hace mejores proposiciones.

EXPOSICIONES INDUSTRIALES.

Son concursos abiertos para dar á conocer los resultados que obtiene el trabajo y premiar á los productores más hábiles. Las exposiciones son *especiales*, *locales* y *universales*, según que se limitan á los productos de alguna industria determinada, á cierto país ó comarca, ó comprenden á todas las industrias y los pueblos todos.

La emulación que producen las exposiciones, la comparación que permiten entre la calidad y el precio de los artículos, y la enseñanza que difunden acerca de los procedimientos industriales, las máquinas y todos los adelantos de la producción, hacen sumamente beneficiosos esos certámenes de la industria. Las exposiciones universales, sobre todo, tienen grandísima importancia, porque someten á la observación y el estudio un número inmenso de hechos, que sirven de comprobación y de dato para las investigaciones científicas, reflejan la vida económica de la humanidad entera, y son el primer paso dado para unificar y relacionar directamente todos los esfuerzos que se dedican á los bienes materiales.

ESTADO.

En su acepción política, esta palabra significa la institución encargada de realizar el derecho en la sociedad civil.

* Véanse los números 161, 162 y 163, págs. 365, 398 y 439.

El Estado se relaciona con el orden económico, primero de igual suerte que con todos los otros aspectos de la vida, y luego más especialmente porque tiene necesidades que han de ser satisfechas por medios materiales.

Cómo órgano y cumplidor del *derecho*, el Estado ha de prestar esa condición á la actividad económica, garantizando el libre ejercicio del trabajo y del cambio, la adquisición y el disfrute de la propiedad: él no ha de contribuir *directamente* á la producción de la riqueza; pero su acción, no es tan sólo *negativa* en el sentido de que haya de limitarse á no crear obstáculos y á separar los que nazcan de ataques á la justicia. El Estado no puede ser indiferente para con ninguno de los fines humanos; tiene que hallarse en comunicación con todos ellos, y para mantener el *derecho económico* necesita hacer *afirmaciones*, penetrar de algún modo en esa esfera, sin menoscabo de los esfuerzos individuales, que son los llamados á constituirla con el auxilio de la asociación voluntaria y respetando en todo caso su independencia. No le toca la dirección de la industria, ni la reglamentación del comercio; pero está dentro de su fin cuando limita, por ejemplo, el trabajo de las mujeres y de los niños á lo que es propio de su condición; cuando prohíbe la amortización de la propiedad, castiga el juego, etc.; y esas atribuciones, que es preciso reconocerle, las ejerce á nombre y en cumplimiento de principios económicos. Por otra parte, el Estado, que debe conseguir por medio de las relaciones jurídicas la armonía y el equilibrio entre las demás instituciones sociales, es hoy al mismo tiempo la más adelantada de todas ellas, la que mejor y más extensamente realiza la unidad, la que más se aproxima al concepto de la *Sociedad*, y estas condiciones históricas determinan también en él funciones como de protección y de ayuda, cierta misión de estímulo y complemento para con los otros organismos menos desarrollados y las fuerzas individuales en todo aquello que muestre la necesidad de la acción colectiva que representa.

Sea cualquiera la misión que se atribuya al Estado, ello es que necesitará medios con que cumplirla, y estos medios, en tanto que consisten en bienes materiales, entran en el asunto de la Economía.

El Estado no puede satisfacer por sí mismo las necesidades económicas que siente, porque su actividad, encaminada á otros fines, no es á propósito para el ejercicio de la industria, y carece del móvil del interés personal. Los Gobiernos han de recibir, pues, sus medios de existencia del trabajo de los particulares, y la *producción* para ellos consiste en tomar de la riqueza privada una cuota, que se denomina *impuesto*.

La aplicación de los bienes materiales á las nece-

sidades del Estado no se diferencia esencialmente de la que realizan los individuos. Todo *consumo* de riqueza, sea cualquiera el sujeto que le verifique, es una destrucción de valor, y su legitimidad depende de la satisfacción á que se dirija.

Sin embargo, los economistas, partidarios de la doctrina que admite una riqueza inmaterial, suelen considerar al Estado como un industrial de la misma clase, bajo el aspecto económico, que un agricultor ó un fabricante, porque *produce seguridad y justicia*, y declaran que todos los consumos que él verifica tienen el carácter de *productivos*. El Estado, dicen, contribuye á la formación de la riqueza con las garantías que presta á la propiedad y al trabajo. Pero igual auxilio da á todos los demás ordenes de la vida, y sin confundir lo que es *condición* de la actividad económica con la actividad misma, no podemos calificar al Estado de industrial, porque mantiene el derecho, como tampoco afirmamos que sea creador de la moralidad ó de la ciencia, aunque también sirve á sus fines. (V. *Gastos públicos, Individualismo, Impuesto y Socialismo*.)

FERIA.

El Diccionario la define: concurrencia de mercaderes y negociantes, en un lugar y días señalados, para vender, comprar y trocar.

Son las ferias mercados extraordinarios, que se celebran con grandes intervalos de tiempo, y sirven para atender á las necesidades del cambio, que no pueden satisfacerse diariamente. La dificultad de las comunicaciones, que dió origen á su establecimiento, ha desaparecido en gran parte, y por eso las ferias languidecen, muchas son ya puramente nominales, y todas llegarán á ser inútiles.

FIN ECONÓMICO.

Consiste en la adquisición de los bienes materiales que sirven para satisfacer las necesidades humanas.

La limitación de nuestro ser nos obliga á asimilarlos las cosas útiles de la naturaleza, y á mantener con ella una relación dirigida á hacer efectiva esa utilidad, que las más veces exige como condición el empleo del trabajo. En tanto, pues, que los medios naturales dependen de la actividad, viene á ser uno de sus fines el económico. Para cumplirle, el hombre obra sobre las cosas, y establece la *propiedad*; pero ésta, merced á la vida social y al cambio, que organiza los esfuerzos individuales, puede lograrse por una acción indirecta: así el comerciante disfruta los productos de la agricultura sin trabajar en la tierra, y el labrador se hace dueño de los artículos que elaboran la fabricación y las manufacturas, sin haber intervenido en su formación; y todavía el sacerdote y el científico que viven dedicados á las especulaciones y la enseñanza de la moral y la filosofía, obtienen los medios económi-

cos en recompensa de los servicios que prestan en sus órdenes. Esto quiere decir que el fin económico no sólo comprende la satisfacción de las necesidades físicas, sino también las del espíritu, en cuanto pueden ser atendidos con los bienes materiales, y que todo acto influye, siquiera sea mediatamente, en la esfera de la riqueza, y entra en la relación económica, no siendo ésta como de parte de la actividad, porque la abraza entera y determina un aspecto común á todas sus manifestaciones.

De aquí la armonía y reciprocidad de influencias que consisten entre ese fin y los demás que constituyen el destino humano. Los medios materiales se aplican á la Religión, la Moralidad, la Ciencia, el Arte bello y el Derecho, que á su voz estimulan, perfeccionan y rigen los esfuerzos destinados á conseguirlos. El fin económico, la *riqueza*, es un bien en sí misma; pero es también una *condición* de todos los otros bienes y ha de ser procurada en conformidad con ellos y para aplicarla á su realización.

GASTOS DE PRODUCCIÓN.

Representan la suma de los esfuerzos y de los capitales invertidos en la formación de un producto.

Todas las industrias se proponen crear un valor más considerable que el del trabajo y el capital que consumen; por eso el importe del producto se descompone en dos porciones, una que sirve para reintegrar los gastos hechos y otra que constituye el *beneficio*, la verdadera producción ó riqueza conseguida.

Los gastos de producción, tanto para el trabajo, como para el capital, varían esencialmente en las aplicaciones industriales, según la función que desempeña cada uno: los del trabajo crecen á medida que es más elevada la facultad ó aptitud que se ejercita; los del capital en proporción de su valor, y luego aumentan los de ambos, según que es mayor la intensidad con que obran, el tiempo que tardan en obtener el producto y los riesgos á que se exponen.

Los gastos de producción sirven de base para fijar el *precio natural* de todos los artículos y las *retribuciones naturales* del capital y el trabajo. (V. *Precio y Retribucion.*)

GASTOS PÚBLICOS.

Consisten en la aplicación de la riqueza á los fines del Estado.

La importancia del consumo público depende ante todo del número y la extensión de las atribuciones que se confieren á los Gobiernos. Cuando el Estado, obedeciendo á los principios de la escuela individualista, se limite á la *administración de la justicia*, en el más estricto sentido, entonces su organización será relativamente sencilla, escasos los servidores y elementos que necesite y muy poco

costoso mantenerle; pero allí donde se extiendan mucho los fines del Estado y se le impongan grandes deberes, su mecanismo será muy complicado, exigirá gran número de funcionarios y de recursos materiales y elevará considerablemente la suma de los gastos públicos. Influyen también en ellos el progreso general de la cultura y el desarrollo de la riqueza, aquel porque obliga al Estado á mejorar sus servicios, y esta porque le ofrece los medios de conseguirlo.

Los gastos públicos se dividen, por razón de la necesidad que los origina, en *ordinarios* y *extraordinarios*, y en *gastos de personal* y *de material*, según que se emplean en retribuir *servicios* ó adquirir *cosas*.—Son gastos ordinarios los que reclama la vida normal del Estado y se hacen por lo mismo de una manera constante, y son extraordinarios los producidos por circunstancias excepcionales, que les dan el carácter de transitorios.

La discusión frecuente en los economistas acerca de la productividad ó improductividad de los gastos públicos, solo puede sostenerse sobre un falso concepto del Estado y del consumo. Los Gobiernos no deben ejercer la industria y sus consumos han de ser necesariamente *improductivos*. La riqueza que, por medio del Estado, se consagra al cumplimiento del fin jurídico, no está *directamente* destinada á la reproducción, no da lugar, por tanto, á un consumo industrial, y solo *produce* la satisfacción de una necesidad tan atendible como cualquiera otra de las que siente nuestra naturaleza. (V. *Estado.*)

GIRO.

Es en el sentido económico el cambio de valores que se hallan en lugares diferentes.

El giro tiene por objeto evitar los trasportes del numerario, y se realiza por medio de la compensación del doble carácter de acreedores y deudores que tienen entre sí los centros de producción y las diversas plazas mercantiles.

Los instrumentos de que se vale el giro son las *letras de cambio*, las *libranzas* y las *cartas-órdenes de crédito*.

En el giro, además de la traslación de valores, hay *anticipo*, es decir, una operación de crédito, porque el reintegro de la suma que se da por una letra, está aplazado cuando ménos todo el tiempo necesario para que llegue al lugar donde ha de hacerse efectiva. La remuneración de ese servicio de traslación y anticipo se llama *precio del giro* ó *cambio*, y se fija conforme al número de los que ofrecen y demandan cantidades en un punto determinado.

El giro es *interior* cuando se hace entre dos plazas de una misma nación, y *exterior* ó *extranjero*, si se trata de dos países diferentes. En el primer caso, el precio del cambio se cuenta á tanto por

100, y se dice que está á *la par* cuando por un valor como 100 se recibe otro igual, pagadero en sitio distinto, y á *daño ó beneficio*, según la posición de cada uno de los que contratan, si no hay igualdad en los dos términos. En el giro exterior la par se determina tomando como base la equivalencia exacta de las monedas que circulan en cada pueblo: uno de los valores es inalterable, y se llama *cierto*, y el otro es *incierto*, porque en él se verifican las oscilaciones que sufre el precio del cambio. Así España cambia con Francia á razón de 5 francos 19 céntimos por cada duro, y según que sube ó baja el giro, disminuye ó aumenta la cantidad de los francos.

GREMIOS.

Son las corporaciones constituidas por las personas que se dedican al ejercicio de la misma industria.

Los gremios han desempeñado un importante papel en la historia del desarrollo económico. Prestaron grandes servicios á la industria alcanzando un lugar para ella esas sociedades que menospreciaban la actividad productiva, y sirvieron de refugio á los débiles en épocas como la Edad Media, en que era desconocido el derecho individual é imposible el trabajo aislado é independiente; pero se dejaron dominar por el espíritu del monopolio, y favoreciendo la tendencia invasora del poder público y sus aficiones reglamentarias, se rodearon de privilegios, pusieron unas multitud de restricciones al trabajo y llegaron á ser un gran obstáculo para el progreso y el aumento de la riqueza. Despojados de ese carácter exclusivo y oficial, y reconocida la libertad de la industria, los gremios han caído en el extremo opuesto y su existencia es hoy casi nominal.

Sin embargo, el principio de asociación, tanto más potente en este caso, cuanto que es tan íntima la comunidad de intereses que media entre los que se dedican al mismo oficio, ha de reanimar la vida de los gremios, estableciendo en cada industria relaciones fraternales de enseñanza y mutuo auxilio entre todos los que la ejercen, como primer paso para llegar á una organización general del orden económico.

J. M. PIERNAS Y HURTADO.

Catedrático de la Universidad de Zaragoza.

(Continuará.)

HISTORIA VERDADERA DEL CONCILIO DEL VATICANO.

Desde el principio de la era cristiana, en pocos siglos han ocurrido acontecimientos de una importancia tan grande y de un alcance tan extenso en sus consecuencias como los de la época en que vivimos. Nuestro siglo ha presenciado en 1806 la extinción de Santo Imperio Romano de Nación Teutónica, el sucesor y el representante de los Césares; el advenimiento y la caída de dos Imperios franceses; el establecimiento de dos repúblicas en Francia; la caída de más dinastías y la abdicación de más reyes que ninguna otra edad precedente. Nuestro siglo es, y esto lo caracteriza, el siglo de la revolución. En él han ocurrido grandes guerras que han conmovido la Europa entera, desde Madrid hasta Moscow; ahora se ve un emperador alemán y un rey de Italia; después de ver al jefe de la Iglesia cristiana una vez prisionero en Francia, y otra vez arrojado de Roma por la efusión de sangre, vemos hoy al Seberano Pontífice despojado de todo lo que el mundo podía arrancarle. Dos veces en este siglo ha sido Roma tomada y ocupada. Estos no son acontecimientos ordinarios. En fin, después de un intervalo de trescientos años, en este siglo se ha celebrado un Concilio ecuménico, y todos se han ocupado con ardor y perseverancia de sus actos, de su libertad y de sus decretos. Pocos acontecimientos del siglo XIX se destacan con relieves tan grandiosos. Gran parte de los sucesos caerán en el olvido, y el Concilio del Vaticano vivirá todavía en la memoria de los hombres. Marcará nuestra edad, como el Concilio de Nicea y el Concilio de Trento marcan en la historia los siglos V y XVI. Por todo esto será quizá útil é interesante trazar la verdadera historia del Concilio.

El título de mi trabajo indica que se han publicado un gran número de historias del Concilio del Vaticano, las cuales no son verdaderas. No tengo intención de enumerarlas, y hasta evitaré en lo posible aludir á ellas. Mi propósito es el de referir la historia del Concilio, sencillamente y sin controversia, según los datos auténticos. Primero me limitaré á indagar el origen de la intención de convocar el Concilio; después espero demostrar cuáles han sido los antecedentes del Concilio; en seguida trataré de explicar sus actos, para llegar, por último, á pasar revista á los efectos que ha producido.

I.

En el trascurso del año 1873, Pio IX encargó á monseñor Eugenio Cecconi, entonces canónigo de la Iglesia metropolitana de Florencia, y hoy arzo-

bispo de la misma diócesis, que escribiera la historia del Concilio del Vaticano. Naturalmente se pusieron á su disposición todos los documentos auténticos y todos los datos necesarios. Se ha publicado el primer volumen de su obra, que se titula *Storia del Concilio Ecuménico Vaticano, scritta sin documenti originali*, y abraza el periodo comprendido desde la concepcion de la idea de la convocacion de un Sinodo ecuménico, hasta la clausura de las actas preparatorias de sus trabajos. Me propongo dar sucintamente cuenta de este primer periodo, siguiendo paso á paso el texto del arzobispo de Florencia y de los documentos impresos en el apéndice de su libro.

En 6 de Diciembre de 1864, Pio IX manifestó por la primera vez su idea de convocar un Concilio ecuménico. Presidía en el palacio del Vaticano una sesion de la Congregacion de los Ritos, compuesta de Cardenales y de funcionarios. Despues de la plegaria con que, segun el uso, se empiezan las sesiones de esta clase, los funcionarios fueron invitados á retirarse, y el Papa y los Cardenales quedaron solos durante algun tiempo. Los funcionarios entraron de nuevo y se despacharon los asuntos de la Congregacion. Este incidente insólito causó una gran sorpresa y excitó la curiosidad.

Durante este corto intervalo, Pio IX había anunciado á los Cardenales que hacía tiempo estaba preocupado por la idea de convocar un Concilio ecuménico, como remedio extraordinario á las necesidades extraordinarias de la cristiandad; y suplicó á los Cardenales que estudiasen la idea cada uno de por sí y le comunicaran por escrito y separadamente lo que, ante Dios, creyesen más justo. En seguida recomendó á todos la mayor reserva en este asunto, y esta fué la primera iniciativa del Concilio del Vaticano.

El deber de consultarse individualmente y de emitir una opinion escrita, fué tambien impuesto á todos los Cardenales presentes en Roma.

Durante el trascurso de los dos meses siguientes, se emitieron quince opiniones. Otras varias siguieron á estas, y poco despues llegaron á ser veintiuna.

El arzobispo de Florencia, despues de un estudio minucioso de estos documentos, los analiza, dividiendo en diferentes capítulos las materias que en ellos se tratan, y son las siguientes:

1. El estado actual del mundo.
2. La cuestion de saber si el estado del mundo exige el remedio supremo de un Concilio ecuménico.
3. Las dificultades de la reunion de un Concilio ecuménico y los medios de superarlas.
4. Los asuntos que debían tratarse en el Concilio.

1). La descripcion de la situacion actual del mundo

no hace alusion alguna á los progresos materiales realizados en las ciencias, las artes y las riquezas; se limita estrictamente á los asuntos relacionados con el fin eterno de nuestra existencia. Bajo este punto de vista, se afirma en las contestaciones que el carácter especial de nuestro siglo está determinado por la tendencia dominante de un partido que intenta destruir todas las antiguas instituciones cristianas, cuya vida reside en un principio sobrenatural, á fin de elevar sobre sus ruinas y con sus escombros un nuevo orden fundado sobre la razon únicamente. Esta tendencia tiene su origen en dos errores: uno de ellos consiste en pretender que la sociedad, como tal, no tiene deberes hácia Dios, siendo la religion solamente asunto de la conciencia individual; el otro es que la razon humana se basta á sí misma y que no existe un orden sobrenatural por el cual el hombre pueda elevarse á un conocimiento y á un destino superiores, ó que si este orden existe, está fuera de la competencia y de la solicitud de la sociedad civil. De estos principios nace, por via de consecuencia directa, la exclusion de la Iglesia y de la revelacion de la esfera de la sociedad civil y de la ciencia; y de esta separacion entre la sociedad civil y la ciencia y la autoridad de la revelacion, salen el naturalismo, el racionalismo, el panteismo, el socialismo y el comunismo de nuestra época. Estos errores especulativos son los que han dado nacimiento en la práctica al liberalismo revolucionario de los tiempos modernos, el cual consiste en la afirmacion de la supremacia del Estado sobre la jurisdiccion espiritual de la Iglesia, sobre la enseñanza, el matrimonio, la propiedad eclesiástica y sobre el poder temporal del Jefe de la Iglesia. Este liberalismo tiene por resultado, además, el indiferentismo que pone bajo el mismo pié todas las religiones y concede iguales derechos á la verdad y al error. Los consultores se ocupan tambien de la francmasonería, que sustituye la Iglesia de Dios con una Iglesia universal de la Humanidad.

Despues hablan los Cardenales de la infiltracion de los principios racionalistas en la filosofia de ciertas escuelas católicas, y de la actitud de oposicion que toman éstas respecto de la divina autoridad de la Iglesia. De aquí pasan al estado interno de la Iglesia, á su disciplina, que despues del Concilio de Trento se ha hecho en ciertos puntos incompatible con las condiciones variables del mundo; y por último, tratan de la educacion del clero, de la disciplina de las Ordenes monásticas y del desprecio de las leyes eclesiásticas por los laicos de diferentes países.

2). Por estas razones y por otras parecidas casi todos los Cardenales emitieron la opinion de que era necesario el remedio del Concilio ecuménico; es decir, para emplear el lenguaje de las escuelas,

que su reunion estaba reclamada por una necesidad relativa, pero no absoluta. Recuerdan que aunque Lutero había sido condenado por los Pontífices, el Concilio de Trento fué considerado como necesario para dar más peso y solemnidad á la condenacion. Del mismo modo, aunque Pio IX había condenado una larga serie de errores, era conveniente que se lanzara y publicara otra condenacion por la voz unánime de todo el episcopado unido á su jefe. Expresan la esperanza de que si el episcopado entero reunido en Concilio indicase á los pueblos y á los Soberanos de la cristiandad las verdaderas relaciones del orden natural y del orden sobrenatural, y los derechos y los deberes de los gobernantes y de los gobernados, este índice serviría para guiarlos en medio de la confusion y de las tinieblas que reinan en el orden político de este siglo de revoluciones.

De los veintiun Cardenales, dos solamente fueron de opinion de que no debía reunirse Concilio ecuménico; uno porque, en su concepto, no debían convocarse Concilios sino en el caso de que graves peligros amenazaran á la fe; y otro porque los asuntos que debían tratarse eran de naturaleza muy delicada y faltaban por el momento los auxilios externos necesarios para la celebracion de un Concilio.

Uno solo rehusó dar opinion, manifestando que se adhería de antemano al juicio del Soberano Pontífice.

Cuatro Cardenales, al establecer que un Concilio sería el remedio más apropiado á los males de nuestra época, expresaron dudas sobre la oportunidad momentánea, pero creyendo que era por lo ménos necesario proceder á todos los preparativos de su convocacion.

3). Los consultores enumeraban despues los obstáculos que se oponían á la reunion de un Concilio; las confusiones y los desórdenes de los tiempos; la animosidad de los descreidos y de los profanos, que no solamente no respetarían la autoridad del Concilio, sino que no dejarían de encontrar en sus actos pretexto para atacarle con más dureza; la actitud de todos los gobiernos civiles, que son ú hostiles ó indiferentes; la probabilidad de guerras europeas, que dispersarían el Concilio ó le pondrían en peligro. En seguida hablaban de las dificultades internas de la Iglesia, la ausencia de los obispos de sus diócesis, el peligro de disensiones y de partidos que podrían surgir en el seno mismo del Concilio, rompiendo, por lo tanto, la unidad del episcopado católico; peligros comunes á todos los tiempos, pero especialmente á aquellos en que los asuntos de divergencia posible son tan delicados y tan vastos en sus consecuencias. Estas razones hicieron dudar á algunos y determinaron á otros á pronunciarse contra la reunion del Concilio. Aun la mayoría que se declaró en favor de su convocatoria

tenía un conocimiento completo de estas razones contrarias, y no negaba su importancia. Sin embargo, fueron de opinion de que los motivos que militaban en favor de la reunion de un Concilio eran mayores que los peligros. Creían que por graves que fuesen las confusiones políticas y religiosas, no estaban extinguidas por completo las aspiraciones elevadas y nobles; que se observa, no solamente entre los individuos, sino tambien en las masas, una tendencia hácia el orden de la verdad divina y sobrenatural; que entre los pueblos católicos se manifiesta una vida nueva, una fuerte recrudescencia de fervor y una resistencia pública á las doctrinas erróneas. Pensaban, por lo tanto, que un Concilio animaría y fortificaría los miembros fieles y fervientes de la Iglesia, y que por el testimonio que prestaría de la verdad debilitaría las pretensiones de los adversarios de la esposa de Jesucristo; que el mundo no podría hacer más contra la Iglesia despues del Concilio que ántes de la reunion; que el Concilio de Nicea se celebró ante las contenciones arianas, y el Concilio de Trento cuando el Norte de Europa se encontraba al borde del cisma; que las dificultades, los peligros y la oposicion de los poderes civiles han amenazado á todos los Concilios desde el siglo IV, pero que los Concilios han realizado siempre su obra, que se ha perpetuado hasta nuestros dias. Decían tambien que el bien inmenso y duradero que debía producir el Concilio en intereses de la Iglesia entera, compensaría ámpliamente el inconveniente de la ausencia temporal de los obispos de sus diócesis; y por último, que si debían estallar disensiones y formarse partidos, lo mismo sucedió en Trento; pero no debía olvidarse que tan pronto como el Concilio proclamó sus decisiones finales, todos se entregaron á la sumision y á la concordia, lo cual tambien sucedería en el Concilio proyectado.

Una de los Cardenales decía:

«En estos grandes asuntos de la Iglesia, los que han de dilucidarlos deben elevarse muy por encima de los que se ocupan de política. Los hombres de este mundo cuentan con la sutileza, la astucia y la doblez en los asuntos y en los medios puramente humanos. Los que gobiernan la Iglesia ponen su confianza en la prudencia del Evangelio, en la verdad, en la realizacion de sus propios deberes y en la asistencia especial prometida á la Iglesia por su divino Fundador. De aquí que frecuentemente lo que parece imprudente á los ojos de los que marchan con la sola prudencia humana, es un acto de prudencia evangélica, y al mismo tiempo un bien y un deber, lo mismo que una manifestacion de la divina Providencia.»

Otro se explica en estos términos:

«Veo que cada vez que la Iglesia ha deliberado

sobre la convocacion de un Concilio ecuménico ha tenido que superar dificultades tan grandes como las de nuestros dias, y que si la divina Providencia no solamente las ha vencido, sino que las ha convertido en ventajas para la Iglesia, seguramente esta asistencia del Espíritu Santo, que *dulce y poderosamente regula todas las cosas*, no faltará en una época en que tantas razones concurren para demostrar la oportunidad del mismo remedio que en todos los tiempos en que se ha aplicado ha producido invariablemente los efectos más imponentes.»

Otro dice:

«Dios, que ha sugerido á Vuestra Santidad la idea de un Concilio ecuménico con objeto de procurar una sólida defensa contra los males de nuestro tiempo, sabrá ensanchar las vías, superar las dificultades y dar á Vuestra Santidad y á los Obispos un momento de tregua, y la tranquilidad y el tiempo necesarios para terminar tan grande obra.»

4). El último punto de la consulta se refería á las materias que debían tratarse. Los Cardenales aconsejaban desde luego la condenacion de los errores modernos, la exposicion de la doctrina católica, la observancia de la disciplina, el mejoramiento del estado del clero y de las órdenes religiosas. Algunos tocaron puntos especiales, tales como la licencia de la prensa, las sociedades secretas, el matrimonio civil, los impedimentos del matrimonio, los matrimonios mixtos, la propiedad eclesiástica, la observancia de las fiestas, la abstinencia, el ayuno y otros análogos. Dos solamente hablaron de la infalibilidad del Soberano Pontífice; uno de estos se ocupó en términos generales del galicanismo. Otro mencionó tambien el galicanismo y la necesidad actual del poder temporal del Pontífice de Roma, como medio de asegurar el libre ejercicio de su ministerio apostólico. Pero este consultor era uno de los que se pronunciaron contra la reunion de un Concilio. Otro tambien habló del poder temporal. Uno solo habló del *Syllabus*, y éste tambien se mostró contrario á la idea del Concilio. El arzobispo de Florencia continúa en seguida en estos términos:

«Debemos declarar que si la historia no prueba que una pretendida conspiracion jesuítica haya fiscalizado el programa del Concilio, la causa de los que nos dicen *usque ad nauseam* que «Roma por los designios tenebrosos de esta célebre sociedad, concibió el proyecto de concentrar todos los poderes, tanto eclesiásticos como civiles, en manos del Soberano Pontífice, y establecer en el seno de la Iglesia una nueva y exorbitante autoridad con ayuda del servilismo de los obispos,» será ya siempre una causa irreparablemente perdida.»

Otros puntos fueron tocados tambien por los Cardenales. Gran número de ellos expresaron su ar-

diente deseo de ver que nuestros hermanos separados de la Iglesia católica pudiesen encontrar, merced al Concilio, la ocasion de volver á la verdadera madre de todos los hijos de Dios.

HENRY EDWARD,

Cardenal-arzobispo de Westminster.

(Continuará.)

(*The Nineteenth Century.*)

APUNTES CRÍTICOS.

El Sr. D. Abdon de Paz ha pensado bastante, segun afirma, sobre las graves cuestiones que agitan á nuestra época, dirigiendo principalmente sus estudios y meditaciones al problema religioso. Como fruto de tales meditaciones nos ofrece hoy un libro que titula *El árbol de la vida* (1) y del cual, más por seguir en todos sus variados matices el movimiento científico de nuestra patria, que por su escasa importancia, vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

El libro del Sr. Paz parece escrito por los años 20 ó 21 de nuestro siglo y destinado á rebatir las castas dudas que surgian en el alma de nuestros padres con la lectura de los enciclopedistas franceses, más que una obra redactada durante los años trascurridos desde la revolucion del 68. Es decir, el libro del Sr. Paz, publicado el año 77 del siglo XIX, es un anacronismo filosófico y literario. El Sr. Paz es un paladin del catolicismo, empeñado en dar furiosos tajos y mandobles á los difuntos, porque no conoce siquiera de vista á los que hoy le combaten.

Si tratásemos de hacer la crítica de todas las inocencias (por no decir absurdos) que en esta obra se contienen, prolongaríamos demasiado nuestro artículo. Para no abusar gravemente de la paciencia de nuestros lectores, recogeremos al azar alguna que otra proposicion, y trataremos de ser lo más sóbrios posibles en su exámen.

El primer capítulo del *Arbol de la vida* lleva por título «La fe y la razon,» y en él se cantan las glorias de la razon, porque es la que ha hecho los túneles, los telégrafos y los pararrayos, sin que al Sr. Paz se le haya ocurrido que la razon es la facultad del espíritu donde se encuentran las ideas, y que este es su primero y capital aspecto. Despues de rebajar á la razon, calumnia el Sr. Paz á la Fisiología, diciendo que «la Fisiología busca en vano el antidoto de la muerte.» Tenemos curiosidad por saber qué fisiólogos ha consultado el señor Paz antes de estampar tan peregrina proposicion. Que hayan buscado con afan un elíxir para perpe-

(1) Estudios fundamentales sobre el cristianismo por Abdon de Paz.—Madrid, 1877.

tuar la existencia, no han dejado de existir algunos hombres, como el marqués de Villena, Fausto, Cagliostro y otros; pero estos se llamaban astrólogos, no fisiólogos como el Sr. Paz quiere suponer.

Muy poco más abajo dice: «Y el filosofismo, no obstante sus titánicos esfuerzos, condensados allende el Pirineo en Proudhon, y allende el Rhin en Krause.....» Ahora tenemos curiosidad por saber qué historia de la Filosofía ha leído el Sr. Paz. ¿O es que no ha leído ninguna? Krause es uno de los muchos filósofos que han aparecido en nuestra época; Proudhon, ni es, ni ha pasado nunca por filósofo. Continúa el Sr. Paz su capítulo dirigiendo amargos reproches al «yo humano en el concepto científico,» porque no ha podido crear un átomo de materia ni dar á esta la ley más sencilla, de lo cual se deduce lógicamente que es necesario creer en la *revelacion*. ¿En cuál de ellas? Compara más tarde nuestra personalidad física á una máquina de vapor ó pila eléctrica, advirtiéndole, sin embargo, que en nosotros «hay una cosa que no es el vapor ni la máquina, la electricidad ni la pila, sustancia espiritual que se escapa al análisis de la ciencia...» Pensamos como el Sr. Paz que existe en efecto esta sustancia; mas si no lo pensáramos, no lo iríamos á creer ahora bajo su palabra, que, aunque muy honrada, viene desprovista totalmente de pruebas. Lo que no podemos creer es que esta sustancia se escape al análisis de la ciencia, como afirma el Sr. Paz. ¿En tan poco tiene el distinguido autor de *El árbol de la vida* los delicados análisis psicológicos llevados á cabo por tanto filósofo católico, que así les niega todo valor científico?

Necesitamos, segun el Sr. Paz, «buscar *à priori* ó *à posteriori*, por deducción ó inducción, un símbolo comun que nos sirva de punto de partida y regla de conducta, á menos que no pretendamos perdernos en el caos de la negación ó de la duda.» El Sr. Paz debe saber que la filosofía ha buscado y ha encontrado este punto de partida. Desde Descartes hasta ahora no ha existido ninguna dificultad sobre su determinación. Pero no es indiferente, como nuestro autor supone, que se determine *à priori* ó *à posteriori*. ¿Qué punto de partida es ese que se determina *à posteriori*? Si el Sr. Paz tuviera el proyecto de hacer un viaje á Londres, ¿fijaría el punto de partida despues de haber llegado á Inglaterra? El símbolo comun que necesitamos ha de servir, á juicio del Sr. Paz, de punto de partida y regla de conducta. En la obra de la ciencia, el punto de partida, como su mismo nombre indica, es aquella primera verdad que se impone al espíritu como absolutamente cierta y que sirve de cimiento á todas las demas. ¿Tiene algo que ver esta verdad con la regla de conducta, que es la coronación y el complemento del gran edificio de la ciencia?

«Proscribir la fe es absurdo,» dice más adelante el ortodoxo autor. Estamos de acuerdo con esta afirmación; pero es preciso que fijemos qué clase de fe es la que no debe proscribirse. Cuando la fe es la deidad amorosa que ilumina y acalora en nuestra conciencia las verdades aceptadas por la razón, comunicándonos entusiasmo bastante para dedicarlas todas las fuerzas del cuerpo y del espíritu; cuando, como dice Reynaud, «es esa fuerza que nos liga con toda nuestra alma á un ideal, cuya verdad no está lógicamente demostrada, pero que nos arrastra y nos conmueve porque percibimos bajo él brillar la realidad de Dios;» cuando no es otra cosa que «el argumento de las cosas no aparentes,» como la define San Pablo; entonces la fe es la señora del mundo, á la que consagramos un culto fervoroso y constante. Pero si la fe ha de consistir, como la escuela del Sr. Paz pretende, en acatar una concepción más ó menos absurda que la voluntad impone á la razón sin permitirle examen ni investigación alguna; si ha de representar un desden injustificado y ridiculo hácia la *única* fuente del conocimiento, porque no nos sentimos con valor para acometer el estudio de los grandes problemas del alma, y preferimos entregar nuestra razón á la mollicie de una creencia que nos viene de fuera, sin esfuerzo ninguno por nuestra parte; entonces no sólo debemos proscribir la fe, sino tambien aborrecerla como altamente nociva para el desarrollo y perfección de nuestro espíritu. «¡Graciosa fe, exclama á este propósito Montaigne, que no cree lo que cree más que porque no tiene el valor de no creerlo!» No se sorprenda, pues, el Sr. Paz, como lo hace, de que el incrédulo Voltaire considere á la fe como aliada que debe venir en nuestra ayuda, no como enemigo á quien debemos combatir; ni de que el revolucionario Mazzini censure á esta generación, «que no tiene fe, sino opiniones,» pues la fe á que estos pensadores se refieren, ningun punto de contacto tiene con la que el Sr. Paz anhela ver extendida. Es una insigne vulgaridad, además, el apelar, para que sirvan de apoyo á la tesis católica, á ciertas frases de los pensadores racionalistas, que separadas de sus antecedentes y de sus consiguientes, no tienen valor alguno. Pero esta vulgaridad puede llegar á merecer otro título cuando en los tiempos que corren se habla de Voltaire, «confesando desde el lecho de agonía la divinidad del Crucificado,» y de algunos otros casos análogos.

Termina el autor este primer capítulo protestando de su intransigencia respecto de la pureza del dogma, á la par que de su tolerancia para con las almas que, por su desgracia, le desconozcan.

Renunciamos á examinar los que le siguen, porque es muy poco lo que de serio se encuentra en todos ellos. Alegaciones sin novedad acerca de los

datos científicos consignados en la Biblia; impugnaciones de las doctrinas de Büchner y Figuiet, que el autor considera, al parecer, como los dos grandes apóstoles del racionalismo moderno; estudios sobre los Evangelios, llevados á cabo con el criterio estrecho del que para nada tiene en cuenta el gran movimiento que en estos estudios se ha operado desde hace algunos años, principalmente en Alemania. Esta es la obra del Sr. Paz; la obra de un católico entusiasta, pero de escasa ilustración. El Sr. Paz es mejor escritor que filósofo: su estilo es animado y poético, pero modelado sobre el de la Sagrada Escritura.

Deseamos que el Sr. Paz renuncie á la tarea de convertir racionalistas, y dedique sus talentos á otro género de obras, donde alcanzará seguramente mayor gloria que la que la presente le ha reportado.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.



Así titula el Sr. D. Eduardo Bustillo un tomo de poesías que acaba de publicar, y que no vacilo en recomendar á mis lectores, convencido de que juzgarán digna de ser conocida una obra honradamente pensada y concienzudamente escrita. Sin arranques grandilocuentes ni atrevidas imágenes, pero también sin hueca palabrería ni falsos relumbrones; sabiendo siempre á dónde se dirige y llegando á su objeto sin cansancio ni inútiles rodeos; revistiendo de insinuante sencillez profundas ideas y sentimientos nobles y generosos, el poeta de que me ocupo ha querido y ha conseguido que sus versos no se parezcan en nada á aquellos que uno de nuestros más eminentes líricos contemporáneos califica de inspiraciones sin alcance ni fuerza, «llenas de galas y adornos, como esas pobres doncellas muertas á quienes se atavía y corona de flores para conducir las al Campo Santo.»

Nada hay en *Las cuatro estaciones* que aturda y asombre por lo inesperado de la idea y lo vigoroso de la forma; nada que azote el ánimo hasta acorralarlo y reducirlo á incondicional esclavitud: musa de vuelo reposado la del Sr. Bustillo, ni ostenta la frente coronada de rayos, ni cabalga en las tempestades, ni tiene por aliento el huracán y por voz las desapacibles vibraciones del trueno. La fuerza incontrastable, el encanto irresistible, la atracción maravillosa que dan valor no común á estas poesías, estriban principalmente en la falta de afeites vistosos y de adornos deslumbradores. Se leen sin fatiga y cautivan sin fascinar: no golpean ni sacuden violentamente la inteligencia y los sentimientos del lector, y, sin embargo, acaban por apode-

rarse de su corazón y su inteligencia. Poseen el secreto de esas mujeres que sin provocativa belleza, sin ricos vestidos de terciopelo, sin blondas, pedrería, ni más armas que la ingenua bondad con que dejan ver los tesoros de su alma, logran que el tiempo se haga corto al que las escucha, y que éste siga pensando en ellas después de haberse separado.

Dividida la obra en cuatro partes,—primavera, estío, otoño é invierno,—nótase desde luego la esmerada prolijidad con que el autor ha ido combinando las composiciones, para que el aire de familia que las une aparezca velado por los distintos matices que imperiosamente reclamaba el título, si éste había de resultar verdadero. Los cantos primaverales necesitaban algo candoroso, algo de la luz del crepúsculo matutino, algo de esa dulce alegría que vemos en la naturaleza cuando despiertan las plantas del letargo del invierno y los árboles se cubren de tiernas hojas, y hay capullos, y hay movimiento en los nidos, y el sol acaricia sin incendiar con sus besos de llama. Exigían los cantos estivales más calor, más brío, más pasión, más entusiasmo: las hojas han tomado un color más oscuro; los capullos se han convertido en flores de brillante corola y penetrante aroma; el movimiento de los nidos es ya ruido y trinos y gorjeos; el astro del día tiene todos los esplendores de una cascada de fuego. Propios del otoño eran la completa madurez del fruto y el tinte melancólico de los campos con las primeras hojas amarillas, y de los horizontes con las primeras nubes que anuncian largos temporales. Reclamaba el invierno tonos en que bajo las galas de la vida se escondiese la desnudez de la muerte; pedía la hoja amarilla convertida en hoja seca, y la hoja seca convertida en átomos sueltos; pedía la nube trasformada en lluvia, y la lluvia trasformada en escarcha. Y como en el mundo físico no se sucede brusca y caprichosamente una estación á otra, sino que en el principio y fin de todas se nota la influencia de la que se ha ido ó de la que se acerca, el Sr. Bustillo, siguiendo la misma marcha, necesitaba abrir y cerrar sus estaciones con poesías que revelaran esa influencia, y con ella el deliberado propósito de que título y obra estuviesen en perfecta armonía. Si ha pensado en esto, y si ha conseguido el poeta su objeto, diganlo los cantares, el delicioso poema *Pájaros y hombres*, *Las marinas*, *Los días lluviosos* y la composición á *Dante Alighieri*: si cada una de las cuatro partes del libro es lo que debe ser, vamos, aunque más á la ligera de lo que la obra merece, á examinarlo.

Entre las poesías del primer grupo se encuentran las que llevan los siguientes epígrafes: *En la aurora de la vida*, *La niña del bosque*, *El primer canto del ruiseñor*, y *Tu rosa en la primavera*. No las cito porque me parezcan mejores ni peores que las de-

mas: en la imposibilidad no sólo de analizarlas, sino de citarlas todas; elijo esos títulos, que ya dicen de por sí el legítimo derecho que tienen á que se les coloque en la estación más alegre del año. Concluye ésta con el citado *Pájaros y hombres*. Califico al autor de *poema de un desconcierto*, y figuran en él Leonarda, Pablo y dos ruseñores. El amor reúne á ambas parejas en un bosque: al pié de los árboles están Pablo y Leonarda; en las ramas, entre el follaje, los enamorados pajarillos. Uno y otro galán, cada uno á su modo y en su lenguaje, manifiestan á sus respectivas amadas la ardiente sed de ternura y caricias que les devora, sed que no es ménos intensa en aquellas dos hembras, que escuchan embelesadas las lisonjas que inspiran. Hasta aquí caminan de acuerdo pájaros y hombres. En lo sucesivo veremos al ruseñor rechazado dulcemente por su compañera, que á toda prisa construye el nido en que más tarde han de piar sus hijuelos: sin más guía que el instinto, aquel pajarillo se defiende de los tentadores requerimientos de su amado, hasta terminar la tarea que hará que tengan casa para cuando tengan familia. Leonarda y Pablo, á pesar de la superioridad que sobre los pájaros debe darles la inteligencia, atropellan por todo, manchan la castidad de su pasión, y, sin un pensamiento para lo porvenir, convierten en semillero de vergüenza y remordimientos el cariño nacido en sus almas para ser un manantial inagotable de placeres honestos y puras alegrías. Leonarda muere agobiada por su culpa, que comprende en toda su extensión al volver sola al bosque y hallar en él al ruseñor cantando satisfecho, mientras la hembrilla, inmóvil en el nido, da calor á sus hijos, cuyas cabezas asoman entre las alas de la madre. Hay tanta frase delicada, tanta pincelada feliz, tan notable sentido moral y tanta belleza en la ejecución de este cuadro, que dudo sea posible llevar más allá la perfección en los de su género. El sólo bastaría para acreditar á su autor de gran poeta, si, lo que no sucede, no tuviera el Sr. Bustillo más títulos en su favor que aquellos ruseñores y aquella Leonarda.

Que ha manchado sus alas de paloma
Y aún pregunta por qué no es inocente.

Abundan los sonetos en el segundo grupo de estas poesías, y en todos ellos se observa que el verano, cuya proximidad se siente en *pájaros y hombres*, informa esta parte de la obra. Bien lo demuestran con sus llamaradas de pasiones tumultuosas los titulados *Cómo empieza y cómo acaba*, *A solas* y los dos *A una mujer*; y con su acerada intención los que se dirigen *A una santa*, *A un diputado*, *A una gran señora*, y el de *El duelo se despide en la iglesia*, que son otros tantos latigazos aplicados al rostro de la hipocresía, la desvergüenza y la vanidad.

El romance *Almoneda*, la letrilla *Don Quijote y Sancho Panza*, las quintillas *Los matrimonios de Dios y los matrimonios del Diablo*, tienen también sello de madurez y mérito indisputable; y otro tanto, por lo ménos, puede decirse de los que, de forma y fondo más levantados, llevan por epígrafe *La nueva vida y El divino arte*.

Citaré del tercer grupo el soneto *El vestido largo*, vestido tan deseado por la inexperiencia de las niñas que todavía juegan con sus muñecas; el melancólico romance dedicado al ilustre autor de *El libro de los cantares* y los *Cuentos de color de rosa*, y añadiré algunas palabras sobre los *Días lluviosos*, composiciones cuyo corte y sabor traen á la memoria aquellas preciosas *Rimas* del malogrado Gustavo A. Becquer, que puso de moda entre nosotros el género que, con más brillantez y más profundidad, pero con ménos elevación y sentimiento, cultivó Heine en sus horas de amargura y desencanto. Hubo un tiempo en que los jóvenes que aspiraban á merecer el dictado de poetas se creyeron en el deber de imitar al gran Zorrilla, y con este propósito, sin ver que reproducían aumentados en quinto y tercio los descuidos y defectos del maestro, y ni una de las bellezas con que el genio cubre de flores los más áridos arenales, vomitaban versos y más versos, ya olvidados, por fortuna de sus autores, consiguiendo, en vez del lauro apetecido, matar gran parte de la afición que entonces arrastraba al público hácia la literatura. Hoy es Becquer el ídolo, y no hay principiante que no nos dé cuenta en sus ensayos de todas las tormentas que no han rugido en su alma, de todos los desengaños que no ha sufrido y de todas las desgracias que no conoce más que de nombre ó por referencia. No es fácil que el nuevo enjambre de imitadores mate ahora una afición que no existe; pero en cambio, logran que se mire por muchos con desden lo que llamamos, no sé por qué, poesía subjetiva, y que se desdeñen de entrar en ese camino algunos que, como Becquer, aumentarían hablando exclusivamente de ellos mismos, los tesoros de la poesía castellana. Vienen los *Días lluviosos* en apoyo de esta opinión mía; canta en ellos el Sr. Bustillo cuitas y congojas de su vida, y aquellas congojas y aquellas cuitas tienen tal fondo de verdad y tan natural expresión, que lo mismo pudieran referirse á dolores del poeta que á los de cualquier simple mortal. Bajo este punto de vista, los *Días lluviosos* cuentan con elementos para interesar á todo el que los lea; y véase cómo lo más íntimo es en cierto modo lo que reviste caracteres más generales y de mayor alcance. No; no hay justicia en calificar de fútil y estéril este género: cuando el alma del poeta es un espejo, y siempre debe serlo, en que las almas de los demás se ven clara y distintamente, hacer la historia de ese alma equi-

vale á hacer lo que sería, colocándola en idénticas circunstancias, la historia de la humanidad. Comprenden los *Días lluviosos* veintidos composiciones, y no debo pasar en silencio que la VII, la IX, la XI y la XV están basadas en una especie de alegorismo que no carece de novedad ni de atractivo.

Hemos llegado á la cuarta y última parte del libro. Inútil sería continuar la ya larga lista de desparramadas citas que anteceden. He dado cuenta á mis lectores de la impresion que en mí han producido las poesías del Sr. Bustillo, y para que puedan juzgar de la sinceridad con que he hablado de ellas, transcribo aquí una de este grupo del invierno, que puede servir tambien como comprobante de lo que ántes dije respecto á la armonía que existe entre la obra y el título.

¿QUÉ SERÁ DE ELLOS?

Junto al cantábrico mar
y del mar del mundo léjos,
viendo la espuma brillar
á los pálidos reflejos
de la luz crepuscular;
Mientras por la blanca arena
mis hijos corren sin pena,
con inocentes antojos,
este afán, que mi alma llena,
en llanto asoma á mis ojos.
Contemplando el mar sombrío
busco el porvenir quizá;
y aunque á mis hijos sonrío
cuando la ola viene ó va,
¿qué será de ellos, Dios mío?
¿qué será?

Mis lecciones recordando,
tal vez en la arena juegan
letras mis hijos trazando,
y olas y más olas llegan
que las letras van borrando.
Oleadas de pasiones
en la ardiente juventud
llenarán sus corazones...
¡Ay! ¿borrarán mis lecciones
de honradez y de virtud?
Si en vano mi amor se afana
y al mañana corren ya
por ley de la vida humana
que á luchar los forzaré,
¿qué será de ellos mañana?
¿qué será?

Brota en la playa una fuente
donde ahora juegan mis hijos;
su cristalina corriente,
sin tocar peñas ni guijos,

baja al mar muy dulcemente.
De otra fuente el agua brota,
que entre los peñascos rota
desde el monte se derrumba,
y monte y valle alborota
buscando en el mar su tumba.

Fuente de cristales bellos
en mis niños brota ya;
mas, del mundo á los destellos,
la corriente cambiará...
y ¿qué será entónces de ellos?
¿qué será?

Como un pájaro ligera,
cruza la mar una nave
que alguno con ánsia espera...
¿Adónde va? ¡Dios lo sabe!
¿Arribará? ¡Dios lo quiera!

Con mar bella y rumbo cierto
otra nave dejó el puerto;
volaba tambien, volaba...
Mas ya la esperanza ha muerto
del triste que la esperaba.

Pronto la nave atrevida
de esos niños volará
del mundo en la mar temida...
Y ¿qué rumbo llevará?
de los hijos de mi vida,
¿qué será?

Torrente fui despeñado;
mi propia furia sentí;
buque en la mar engolfado,
sin timon, desarbolado,
entre las olas me ví.

De buscar playas ignotas
tan desengañado vivo,
que ya, con las alas rotas,
poso en el peñon nativo
como las blancas gaviotas.

¡Pobres hijos! Dios los guarde
de lo que de mí fué ya:
de candor haciendo alarde
su infancia pasando va...
¿Qué será de ellos más tarde?
¿qué será?...

Sólo añadiré á lo que expuesto queda, que *Las cuatro estaciones* del Sr. Bustillo, como toda obra humana, tiene sus defectos. Ocúpense de ellos los llamados á formar juicio crítico de las producciones de los ingenios: yo he buscado y señalado las bellezas, según mi leal saber y entender, y aquí doy punto á mi tarea.

PEDRO MARÍA BARRERA.



BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

XV.

Continuando la exposicion de las bases establecidas en el reglamento de valuacion del catastro, indicado ya en la anterior conferencia todo lo relativo á la formacion y conservacion del mismo, debo significar que, realizado el primer periodo de las cartillas de valuacion simultáneamente con el levantamiento de las parcelas, estudio comprensivo de todas las circunstancias de la localidad referentes á orografía, hidrografía, meteorología, etc., se había de proceder en el segundo á la apreciacion de las parcelas con arreglo á un cuadro general de clasificacion en el que aparecen los terrenos divididos primero en dos grandes grupos, segun se destinen á la produccion agrícola ó á la edificacion, de cualquier naturaleza que ésta sea. Dividiase despues cada uno de ellos en otros grupos de segundo, tercero, cuarto, etc., órden, segun la naturaleza del suelo, el género de cultivo y muchas otras circunstancias que deben tenerse presentes. En virtud del art. 16 sólo se incluirán, decia el reglamento, en la clasificacion especial de cada término, los grupos que comprenden parcelas existentes en él, suprimiendo los demas y añadiendo los que falten, si por haber en el término parcelas que no puedan comprenderse en ninguno de los mencionados en el cuadro general, se cree necesario formar otros nuevos. Por el art. 17 se establecía que, basada la formacion de las clases que constituyen los grupos inferiores de la clasificacion en la facultad productiva de las tierras comprendidas en el grupo inmediatamente superior, la division de cada uno de éstos será independiente; entendiéndose, por consiguiente, que formarán la primera clase las tierras más productivas, la segunda las que á éstas sigan en fertilidad, y así sucesivamente por el órden de numeracion; de modo que una tierra de tercera clase del grupo de las arcillas podrá ser más fértil que otra de primera del grupo de las silíceas. El artículo 18 establece que el número de clases de cada grupo será el que se conceptúe necesario para que todas las tierras comprendidas en cada una de ellas presenten caracteres análogos. De modo que entre la mejor y la peor no existan grandes diferencias de produccion ni de caracteres físicos. Por regla general, se establecerán tres clases, pudiendo aumentarse ó disminuirse este número, segun satisfaga ó no las condiciones expresadas, siendo posible que haya en algunos de los grupos una sola clase, en cuyo caso no se dividirá. Dadas estas bases para el estudio en general, al descender al estudio propio de cada grupo preceptuaba el art. 19 que, proyectada la clasificacion de las parcelas, deberian estudiarse con toda detencion cada una de las clases establecidas, á cuyo fin, tomando como tipo las tierras de labor, se elegirán en cada clase dos, que serán las que se conceptúen de mayor y de menor facultad productiva, y se proyectará en cada una de ellas un ensayo, determinándose tambien sus caracteres físicos; todo con arreglo á las

prescripciones indicadas en el apéndice número 3 al reglamento, cuyo objeto era dar reglas fáciles, un método expedito y no muy costoso para llegar á conocer la composicion mineral y orgánica de las tierras y sus principales propiedades físicas, asuntos muy importantes que serán objeto de lecciones ulteriores.

Si en los estudios hechos resultasen grandes diferencias entre los terrenos elegidos, decia en el art. 20 que se modificaría la clasificacion, aumentando el número de clases, y en caso necesario el de los grupos superiores, así como podrán disminuirse cuando se advierta que terrenos comprendidos en diferentes grupos presentan grandes analogías en su composicion y caracteres físicos. Cualesquiera que sean los tanteos necesarios para establecer la clasificacion definitiva, ha de ser condicion precisa, segun el art. 21, que se hayan ensayado y estudiado, conforme al método establecido en el apéndice, dos tierras por lo ménos de cada uno de los grupos inferiores, siendo en lo posible estas tierras la mejor y la peor de su clase. El artículo 22 determinaba que, establecida ya la clasificacion definitiva, se escogerá en cada uno de los grupos últimos una de las dos tierras ensayadas, que será aquella cuyas circunstancias se aproximen más á las de la generalidad de los demas terrenos del grupo. Una hectárea de este terreno servirá de término de comparacion, y á ella se referirán los estudios necesarios para redactar la cartilla de valuacion correspondiente.

El art. 23 preceptuaba que las circunstancias que debían determinarse para la tierra-tipo serían la de la parcela misma á que se refieran, consignándose en el órden siguiente: situacion, altitud, composicion, caracteres físicos, inclinacion de la superficie, exposicion, abrigos, etc.

El art. 24 decia que el estudio de todas estas circunstancias y de los efectos que pueden producir, se ampliara con el de las variaciones que pueden presentar en las demas tierras del grupo, indicando los límites de estas variaciones y su influencia con la mayor exactitud posible.

Hecho el estudio á que se refieren los artículos anteriores, se determinará cuáles son los sistemas de cultivo más generalmente seguidos en la localidad y en las tierras de la clase que se estudia, expresándose si alguno ó algunos labradores siguen otros distintos.

Segun el art. 27, los sistemas de cultivo generalizados en la localidad, por los cuales se entiende los seguidos ó adoptados por la tercera parte á lo ménos de los cultivadores que se hallan en igualdad de circunstancias, deberian estudiarse en todos sus detalles con arreglo á instrucciones que se indican en el artículo inmediato, mientras de los no generalizados ó que vayan cayendo en desuso, no había necesidad sino de compararlos con los primeros, expresando sus ventajas ó inconvenientes.

Por el art. 28 se determinaba el modo de hacer el estudio detallado de un sistema de cultivo, examinando por órden cronológico, y durante el número de años que comprenda una rotacion, los trabajos y gastos que exigen una unidad superficial, así como los productos que puedan obtenerse en ella por término medio. Si, por ejemplo, la rotacion seguida es de tres años, durante los cuales se obtienen una cosecha de trigo, otra de cebada, y se da á la tierra un barbecho, se empezará con las labores de sembrera del trigo, continuando con su cultivo, co-

secha, preparacion de las tierras para la cebada, cultivo y cosecha de ésta y labores de barbechera, detallándose bien cada trabajo, y determinándose el coste y los productos de la unidad superficial.

El art. 29 fija como unidad superficial la hectárea, y que la valuacion del costo de cada trabajo y del valor de las materias primeras empleadas y el de los productos habría de hacerse en dinero, cuando de los estudios anteriores puedan deducirse los datos necesarios, haciendo el cómputo durante un espacio de tiempo que no debía bajar de diez años, pudiendo, sin embargo, disminuirse cuando dentro de él hayan cambiado las circunstancias normales de la localidad, hasta el punto de influir de un modo notable en los precios, debiendo, no obstante, estudiarse la causa de este cambio, los límites de las variaciones que haya determinado, y la mayor ó menor facilidad de que puedan reproducirse las circunstancias anteriores.

Hecho el estudio de los sistemas de cultivo generalizados en la localidad, el art. 33 decía se compararan entre sí para ver cuál de ellos es el más ventajoso, pues este será el que se adopte para la formacion de las cartillas. Para esta comparacion se tendrá en cuenta, no sólo el resultado numérico del estudio anterior, sino las demas circunstancias que en cualquier sentido puedan influir en los resultados del cultivo, como son regularidad en la distribucion de trabajos, la mayor fertilidad ó empobrecimiento progresivo de los terrenos, el mayor ó menor capital que exige su adopcion.

El art. 34 se dirige á consignar el estudio comparativo de las rotaciones que sólo hayan sido adoptadas por un corto número de labradores, y que no deben ser objeto de un exámen tan detenido.

El art. 35 es como complemento del estudio de cada grupo; se consignarán los términos medios de valores en venta y en renta de las tierras que comprendan y la relacion que existe entre ambos, teniendo cuidado de no tomar como datos para el cálculo los valores en cuya determinacion hayan podido influir circunstancias especiales, como son todas aquellas que colocan á los contratantes en posicion favorable ó desventajosa, y ponen el contrato fuera de las condiciones ordinarias.

El art. 36 determina que, terminado el estudio especial de un grupo, se pasará al que sigue en la clasificacion, cuidando de que al terminar el de todos ellos existan los datos necesarios para reducir á dinero, al redactar las cartillas de valuacion, todos los elementos de los cálculos que exige la formacion de ésta.

Desde el art. 37 al 43 inclusive tienen por objeto dar las reglas á que había de ajustarse la redaccion de las cartillas de valuacion, empezando el 37 por decir que este trabajo consistirá en la formacion de una cuenta de cargo y data en que se consignarán por una parte los productos de que son susceptibles, y por otra los gastos que ocasiona la explotacion de las parcelas que forman parte de cada uno de los grupos de la clasificacion. Esta cuenta tendrá por base los resultados de los estudios hechos anteriormente, y á ellos se referirá cada uno de sus artículos por medio de llamadas.

Art. 38. La unidad superficial á que debe referirse esta cuenta, será la hectárea de tierra de la parcela escogida como tipo; pero se harán tambien los cálculos necesarios para reducir á dinero con facilidad las diferencias que presenten las demas tierras del grupo.

Segun el 39, cada una de las cartillas había de encabezarse con indicacion del grupo á que se refiere la tierra tipo, expresando sus circunstancias especiales extractadas del estudio que se hizo anteriormente.

El art. 40 preceptuaba que tomando por base el sistema de cultivo usado para las tierras del grupo, ó el que mejor resultados dé, en el caso de que se siga más de uno, se formará la cuenta de gastos correspondientes, reuniendo todos los elementos necesarios para formar con cada uno de ellos una partida: del mismo modo se formará la cuenta de los productos.

Segun el art. 41, las cuentas á que se refiere el anterior, comprenderá el número de años que exija la rotacion adoptada, de modo que, dividiendo la suma de los gastos y la de los productos, por este número se obtendrá las que corresponden á un año comun, representando las diferencias de estas sumas el beneficio líquido correspondiente al mismo espacio de tiempo.

Calculado ya el beneficio líquido y conocido por estudios anteriores el valor en venta, se puede deducir, segun el art. 42, la relacion que existe entre uno y otro, determinándose, por consiguiente, el tanto por ciento que debe servir para haliar el segundo, capitalizando el primero. A continuacion de este dato se consignará el valor en renta ya determinado y la relacion con el valor en renta.

El art. 43 dice que para terminar la relacion de las cartillas que deberán ajustarse al modelo contenido en el apéndice núm. 4., se consignarán los resultados del estudio hecho en virtud del art. 24, acerca de la influencia que puede ejercer en los gastos ó en los productos la diferencia entre cada una de las circunstancias de la unidad tipo y las que presenten las demas tierras del grupo, de modo que al hacer la valuacion especial de cada parcela, sólo haya necesidad de consultar la cartilla correspondiente, y de ningun modo los estudios que se han hecho para formarla.

Los restantes artículos hasta el 88, de que se compone dicho reglamento, se refieren á pormenores relativos á los dos periodos de la valuacion, destinándose los cinco últimos á la revision de las valuaciones, que ha de ser de dos clases. La primera, referente á las modificaciones de una ó varias parcelas, y la segunda á la totalidad de los trabajos de un término municipal, determinándose los casos en que estas operaciones debieran practicarse como garantia de acierto.

Tales son en resúmen las bases del reglamento de valuacion discutidas y aprobadas por la comision de Estadística nombrada al efecto; y sin que lleve mi pretension hasta el extremo de considerarlo como una obra acabada, no es ménos de lamentar el que no se haya puesto en práctica, pues de este modo se hubieran evitado y corregido alguno de los defectos que pueda tener, y hoy posceríamos una norma sin la cual ni propietarios ni hacienda pueden dar un paso seguro en asunto tan importante.

JUAN VILANOVA.

Madrid 10 de Abril 1877.